

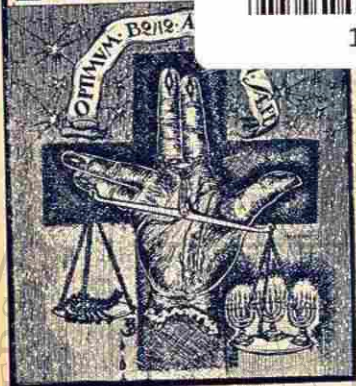
V2290

4 CIÓN

413



EX-LIB



1020000227



388  
697

UANL

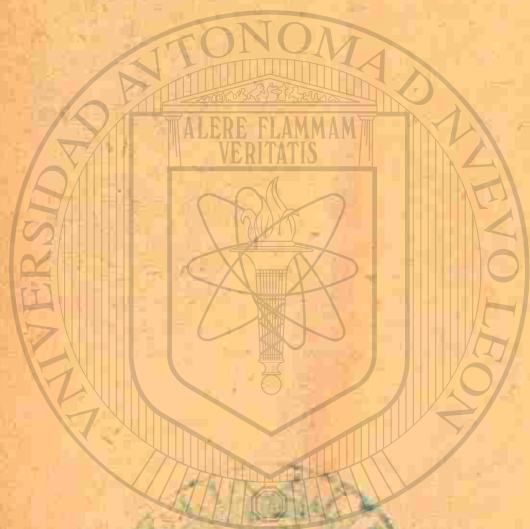
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



®

104473



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Apostolado de la Prensa  
 Propaganda Gratuita  
 de Lecturas Populares

LOS  
 JESUITAS

1897

ADMINISTRACIÓN  
 Plaza Sta. Domingo, 14, Madrid

## BIBLIOTECA DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

### PRIMERA SERIE

Tomos en 8.º, de 300 páginas próximamente, esmeradamente impresos, encuadernados en tela con preciosas planchas, á **peseta** el ejemplar, y por cada **diez** se dan **dos** de regalo, de modo que salen á 0,80 céntimos cada tomo.

- 1.—*La Entrada en el mundo*. Libro riquísimo por su fondo doctrinal, debido al célebre Jesuita italiano P. Bresciani, y admirable por su forma clásica, traducción del insigne académico D. Gabino Tejado.
- 2.—*La Verdadera devoción á la Santísima Virgen*, por el V. Padre Griñon de Monfort. Libro precioso y profundo, al que llamó inspirado el ilustre escritor ascético P. Faber.
- 3.—*Cuentos y verdades*, por el Rdo. P. Francisco de P. Morell, S. J. Amenísimo conjunto de doctrinas popularmente expuestas con sumo gracejo y donaire.
- 4.—*Juan Miseria*, por el P. Luis Coloma. Edición ilustrada con multitud de preciosos fotografías.
- 5.—*El Tesoro del pueblo*, por el Rdo. P. Francisco de P. Morell, S. J. Sólido compendio de lo que acerca de las cuestiones más candentes de actualidad debe saber nuestro explotado pueblo.
- 6.—*Respuestas populares á las objeciones más comunes contra la religión*, por Mons. Segur, y traducido por D. Gabino Tejado.
- 7.—*El Devoto de la Virgen María*, por el P. Señeri, S. J. Es uno de los libros más sólidos de su célebre autor.
- 8.—*Los Errores del protestantismo*, por el Rdo. P. Segundo Franco, S. J. Obra oportunísima para refutar las impiedades del protestantismo.
- 9.—*Tratado de Teología popular*, por el Rdo. P. Francisco de P. Morell, S. J. — Primera parte. Cuestiones acerca de Dios y de Jesucristo. Notabilísima por su fondo teológico y su estilo popular.
- 10.—*Los Cuatro Evangelios de Nuestro Señor Jesucristo*, traducidos por el Ilmo. Sr. D. Félix Torres Amat, con notas del P. Fr. Anselmo Petita.
- 11.—*Vida de Nuestro Señor Jesucristo*, por el P. Rivadeneira.
- 12.—*Vida de la Virgen Santísima Nuestra Señora*, por el P. Rivadeneira.
- 13.—*Las Glorias de María*, por San Alfonso María de Ligorio. Traducción hermosísima y castiza del P. Ramón García, S. J.
- 14.—*Tratados de la afición y amor á Jesús y María*, por el V. Padre Juan Eusebio Nieremberg.
- 15.—*Verdades eternas*, por el P. Carlo Rosignoli, S. J.
- 16.—*Introducción á la Vida devota de San Francisco de Sales*.— Nueva edición corregida.

## APOSTOLADO DE LA PRENSA

LXX

OCTUBRE 1897

LOS

JESUITAS



MADRID

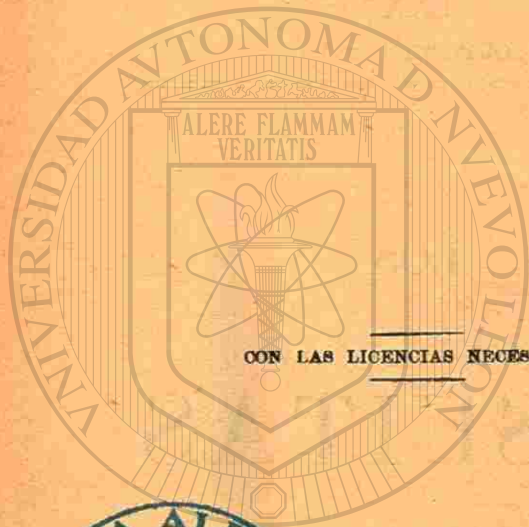
APOSTOLADO DE LA PRENSA

ADMINISTRACIÓN

Plaza de Santo Domingo, núm. 14

BV2290

I4



FONDO  
FERNANDO DIAZ RAMIREZ

201.—AGUSTÍN AVRIAL, impr., San Bernardo, 92.



I

La iniquidad se desmiente á sí misma.



AQUEL amigo mío, Luis Gonzaga, á quien llamábamos *Gonzaguita* los estudiantes compañeros suyos, y de quien dije en otra ocasión (1) que tenía muy diversas ideas y, sobre todo, harto mejores costumbres que nosotros, acabó su carrera de abogado en el mismo año que yo; mas no volvió en Octubre á estudiar el Doctorado ni supimos nada de él en algunos meses. Un sacerdote joven, de mi pueblo, que vino á Madrid para asuntos de su ministerio y tuvo la desdicha de albergarse en la misma casa de huéspedes en que yo vivía—si aquello era vivir—nos dió la noti-

(1) Véase el folleto titulado *Las Ordenes religiosas*, de Febrero de 1895.

cia, para todos inesperada, y para la mayor parte de los que la oímos inconcebible, absurda... ¡Gonzagueta había ingresado de novicio en la Compañía de Jesús!, y hallábase gozosísimo en Granada, edificando á sus connovicios por sus virtudes y espíritu excelentes.

Creí yo que por consideración al forastero huésped, nada se diría contra mi amigo Luis, ni contra su vocación. Pero, tratándose de Jesuítas, no cabe en ciertas gentes consideración ni respeto. El Sr. de Tinieblas, aquel cursi filósofo librepensador, que salía de quicio cuando se le hablaba de cualquiera religión *positiva* (como decía él), procuró callar; mas su vieja antipatía hacia Gonzagueta, hizole decir:

—Gonzagueta ha llegado adonde tenía que llegar... Ese muchacho tan místico y escrupuloso no podía acabar bien.

—Pues yo creo —replicó serenamente el sacerdote— que no podía acabar mejor.

Había en aquella tertulia de sobremesa, además de los ya nombrados, un periodista de la *cáscara amarga*, un autor cómico del *género chico*, un abogado famélico, gran defensor de la masonería, que había sido seminarista y fué expulsado del seminario, y dos estudiantes medio físicos que se pasaban la vida leyendo tomitos de ciertas *bibliotecas* de subido color...

Exasperados por la contradicción, y como si el sólo nombre de *Jesuita* hubiera despertado en ellos todas las malas pasiones, discutieron y vociferaron acaloradamente... ¡Bendito Dios lo que dijeron!. No hay crimen de que los

Jesuítas no fueran capaces... Hurtos, asesinatos, revoluciones, envenenamientos, regicidios... En sus obras se hallaba la apología de las infamias y errores más espantosos; su moral *estrecha y rígida*, no dejaba vivir á los que tenían la desgracia de hacerles caso. Eran servidores sumisos de toda tiranía, de todo despotismo, y enemigos jurados de las públicas libertades; gente *retrograda, obscurantista*, capaz, si pudiera, de volver á crear una horripilante Inquisición... Tenían en todas las clases sociales esclavos fidelísimos que les servían sin chistar, y eran dueños de riquezas fabulosas... Los Jesuítas, más que religiosos, eran industriales aprovechados y... ¡qué sé yo!... No faltó ni la ridícula tontería de afirmar que poseían ciertas líneas de ferrocarriles y... ¡¡¡todos los Cafés Suizos de España!!!

D. Juan, que así se llamaba el sacerdote, no quiso sin duda, é hizo bien, rebatir por entonces todas aquellas atrocidades é injurias... En pie ya para retirarse, se limitó á decir:

—Precisamente, en mi reciente viaje, hablé de esto mismo con ciertos conocidos míos... Eran personas muy distintas de Vds... Señores, al parecer, sesudos y de peso... políticos al uso, caciques de mi tierra, gente, como si dijéramos, grave y formal. Uno dijo que los Jesuítas, aisladamente, no eran malos, pero que el Instituto, la Compañía era una calamidad... Otro calificó á la moral jesuítica de *relajada y laxa*... (¿á dónde habrá ido á parar la rigidez que proclaman Vds.?)... y afirmó que los Je-

suitas eran conspiradores por temperamento y enemigos solapados de toda autoridad secular... Allí ya no se les llamaba industriales. Se les concedía que eran hombres de ciencia y letras, pero en extremo entrometidos y muy tolerantes *en todo*, con sus amigos y protectores... En suma, oí acusaciones más ó menos graves, que tengo olvidadas de puro sabidas... y que se hallan en completa y directa contradicción con las acusaciones por Vds. repetidas... Vds. verán si es posible ser á la vez blanco y negro, rígido y laxo, defensor y enemigo de unas mismas cosas... Yo de mí, sé decir que cuando recuerdo y comparo tan opuestas declaraciones, fallo el proceso repitiendo aquellas palabras que, si oyeran Vds. sermones, alguna vez habrían oído: *Mentita est iniquitas sibi*: «la iniquidad se desmiente á sí misma.»

## II

## Testigos de cargo.

Hablando luego á solas con mi amigo don Juan, á quien quise desagraviar como mejor pude del mal rato que le habían hecho pasar nuestros tolerantísimos compañeros, me decía:

—Imposible parecería, si no supiéramos cuánto ciegan las preocupaciones sectarias, que no ya personas instruídas, sino gente que tenga siquiera sentido común, sea capaz de proferir disparates y absurdos como los que acabamos

de oír... Tales atrocidades no merecen siquiera los honores de la refutación... Sociedades tan inicuas como la que pintan esos desdichados no pueden subsistir, ni aun entre salvajes. Es humanamente imposible que hubiera millares de hombres infames, en todas las naciones civilizadas, que se alistasen en una corporación de esa índole y que perseverasen allí; y que en tantos años, nadie, ni aun los mismos individuos que, después de pertenecer á la Compañía, salieron de ella, hayan descubierto y probado secretos tan horriblos...

Porque ninguna, amigo mío, ninguna de las acusaciones contra la invicta y gloriosísima Compañía de Jesús ha sido jamás probada...; como dice un célebre autor (1), «nunca han conseguido los Jesuitas, en sus persecuciones y expulsiones, que se les formase proceso, como lo pedían con vivo interés... ¿Dónde están las acusaciones y pruebas de sus delitos?... En libros de herejes ó incrédulos, siempre en escritos condenados por la Iglesia. Gioberti, recopilando todo cuanto habían dicho hasta nuestros días los enemigos de la Compañía, dejó, en cinco grandes tomos, la repetición, corregida y aumentada, de los escritos condenados de Port-Royal, quitando para siempre á los impíos del porvenir la esperanza de decir algo nuevo.»

En los escaparates de ciertas librerías habrá V. visto un librito llamado *Mónita Secreta* de

(1) P. SEGUNDO FRANCO: *Respuestas populares...*



los Jesuitas... Pues no es más que una ficción de un hereje polaco, reconocida hace más de dos siglos como obra atribuída calumniosamente á la Compañía...

Otros libelos hallará V. por ahí, tal vez de impíos españoles, que no para honra suya, pero sí de España, van siempre atados al yugo de los herejes extranjeros, y repiten de coro lo que éstos propalan... Hasta podría V. ver textos, al parecer copiados de obras de Jesuitas, con indicación de autor, tomo y páginas, para demostrar que estos han enseñado ó defendido alguna pésima doctrina... Todos estas citas, son como la de aquel que, empezando á decir el *Credo* por las palabras *Poncio Pilatos*, pretendía aplicar á éste lo que sólo conviene á la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo... Suprimiendo algo de lo que precede ó sigue á lo que se copia, es facilísimo atribuir á cualquier autor enormes desatinos...

—Bien está—dije yo.—Pero lo que más me extraña es el ver cómo el odio que algunos sienten y manifiestan hacia la Iglesia, el Clero, las Ordenes religiosas en general, se desata, crece, llega hasta la locura cuando se trata de Jesuitas...

—Ese odio implacable—respondió D. Juan—no es más que la protesta violenta contra el buen éxito con que Dios suele premiar las obras y trabajos de la Compañía de Jesús. La amplitud y diversidad de estos trabajos, en que por ley de su instituto se ocupan los Jesuitas, abarcando la predicación, la enseñanza, y todos

los ministerios espirituales para con el prójimo, los puso y pone en frente de todos los errores y vicios de los tres últimos siglos. Y, al pelear contra ellos, valerosamente, sin tregua ni descanso, con vigor y acierto extraordinarios, se halla á su vez la Compañía de Jesús, por dicha suya, combatida por enemigos de todas clases.

Comenzaron en el siglo xvi por ser martillo de protestantes; y los herejes de esta casta los persiguieron á sangre y fuego... Calvino escribió que *los Jesuitas, que se oponen en extremo á nuestras doctrinas, deben ser muertos ú oprimidos con calumnias.*» Y así, Isabel de Inglaterra mandaba martirizarlos; ahorcábanlos en Francia los hugonotes; y, por mar y tierra, los exterminaban los holandeses.

Disfrazada con apariencias piadosas surgió luego la secta jansenista, que con pretexto de honrar y venerar la Sagrada Eucaristía y de promover la perfección y purificación de los fieles, los apartaba de Dios y de los Sacramentos, causando así terribles extragos. Y como los Jesuitas se opusieron á tan dañoso error, recordando que los Sacramentos habían sido instituidos para hombres y no para ángeles, los jansenistas persiguieron á la Compañía con saña cruel; y de ellos, de sus jefes y secuaces, de los Arnaud, Nicole, Pascal, etc, partieron las atroces calumnias, después mil veces repetidas, contra los Jesuitas.

Oponiéndose luego á las funestísimas doctrinas de los parlamentarios y regalistas, excitaron la ira de príncipes y magnates; y, con

los Febronios, Tannucci, Aranda y otros vinieron sobre los Jesuitas durísimas persecuciones, encarcelamientos y destierros.

Pues ¿y los filósofos enciclopedistas, aquellos inicuos sectarios, enemigos jurados de Cristo y de su Iglesia?... Con artes infernales, por todos los medios posibles, procuraron el exterminio de la Compañía de Jesús; y, en fin, vea V. quiénes han sido y son, en tiempos más modernos, los detractores de la Compañía, y hallará siempre impíos, revolucionarios, partidarios de ideas irreligiosas é inmorales; ó bien hombres disolutos que aborrecen por instinto á quien se opone con buen éxito al logro de sus deseos, ó envidiosos á quienes ofende todo lo que brilla en virtud ó saber; y el numeroso coro de gentes frívolas, indiferentes, incapaces de pensar en nada serio que no les ofrezca algún cebo material; y los que repiten, sin saber por qué, lo que oyen contra los institutos religiosos, cuyo espíritu y fines ni por asomos conocen... Ni faltará tal vez—porque en este mundo hay ejemplos de todo—algún sacerdote contrario á los Jesuitas; mas, como nota cierto autor, será seguramente, ó de aquellos sacerdotes que siempre tienen algún asunto que arreglar en la curia episcopal, ó de los que, para adquirir alguna reputación, prefieren criticar los méritos ajenos á acrecentar los propios... Y por último, si acaso ve V., aun entre las señoras, alguna murmuradora de los Jesuitas, verá V. también que no pertenece á la benemérita clase de damas ejemplares,

piadosas y cristianas moralizadoras del hogar doméstico, sino á la falange, por fortuna en España no muy nutrida, de aquellas cuya vida y costumbres se halla en armonía con *el progreso del siglo...*

De todo esto deducirá V. cómo puede hallarse explicación de las contradicciones que antes le hice notar, entre las acusaciones formuladas. Al defender y proclamar los Jesuitas, en cada ocasión, las verdades opuestas á los errores imperantes, atacaron cosas distintas y aun contrarias entre sí; y alcanzaron, por lo tanto, calificaciones harto diferentes.

Los despóticos regalistas y adoradores del *Dios-Estado*, acusaban de revolucionarios á los Jesuitas, porque éstos les recordaron cuáles son los verdaderos límites de la autoridad secular... En cambio, cuando la revolución destruía el principio de autoridad, los Jesuitas proclamaban los deberes de la obediencia, y pasaban por defensores de la tiranía...

Para los falsamente devotos jansenistas, era laxa y relajada la moral de la Compañía... Para los que viven llamándose buenos católicos... y no practicando lo que la ley cristiana ordena, esa misma moral es rígida, intolerable y escrupulosa... Y así, por este orden, se pueden rastrear y descubrir las causas de tanta y tan enorme diversidad de acusaciones.

## La Compañía de amor.

V. por lo visto — dije á D. Juan — conoce perfectamente á la Compañía de Jesús.

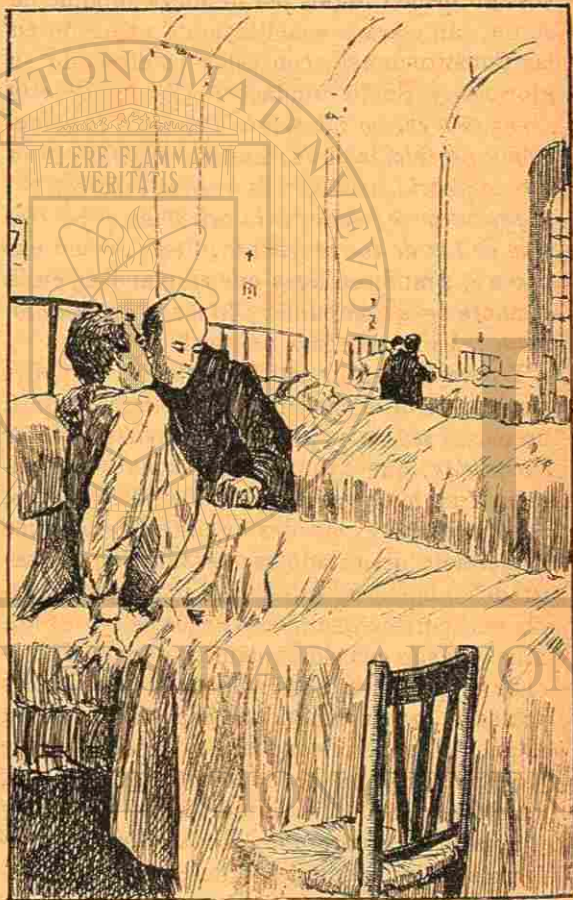
—La conozco tan bien como á mi propia familia. En uno de sus Colegios me eduqué. Tengo dos hermanos profesos en ella. Yo mismo he sido novicio en la Compañía... Y á estas horas sería, Dios mediante, Jesuita, si no hubiera querido el Señor enviarme esta enfermedad — (y señalaba al pecho) — que probablemente me llevará al sepulcro...

Si me curase y me admitieran, allá volvería... Entre tanto — añadió sonriéndose — soy, si no de hecho, en espíritu y en deseo, uno de esos *monstruos* tan temibles y horrendos... El tipo *clásico* no me falta. Yo pertenecería al género de esos Jesuitas de novela, flacos, extenuados, angulosos, de pálido color, mirada escrutadora, velada por el cristal de las gafas, nariz aguileña de ave de rapiña, labios sutiles y apretados, manos que parecen garras, etc., etc. Yo le presentaría á V. otros Jesuitas robustos, metiditos en carnes, con cara de inocentes y mirar candoroso... Pero éstos, según ciertos pintores, deben de ser jesuitas apócrifos, ó cuando menos, que se empeñan en engrosar y hermosearse para no ser conocidos...

Mas prescindiendo de bromas... Enamorá-

bame la Compañía de Jesús por muchos motivos. En primer lugar, por la alteza sublime de su fin, tan clara y sencillamente expuesto en las Constituciones, con estas palabras de su glorioso y Santo fundador: «*El fin de esta Compañía es, no solamente atender á la salvación y perfección de las ánimas propias con la divina gracia, sino, con la misma, intensamente procurar de ayudar á la salvación y perfección de las de los prójimos...*» todo, como expresa el grandioso lema que resplandece en la bandera de la Compañía: *¡Ad majorem Dei gloriam...* Á MAYOR GLORIA DE DIOS!

Y para conseguir este fin, tiene la Compañía rico caudal de eficacísimos y oportunos medios, preciosas reglas y prácticas, *fidelsísimamente cumplidas*, que ayudan á la propia santificación. Y en lo que se refiere al bien del prójimo, además de los excelentes auxilios que produce el ejercicio del estado sacerdotal y de los sagrados ministerios que tienen por objeto el espiritual perfeccionamiento de los fieles, los auxilia y favorece celosísimamente de otros muchos modos: «ora predicando en iglesias, calles y plazas, ora explanando la Sagrada Escritura al pueblo, ya explicando á los niños y gente sencilla los rudimentos de la Doctrina cristiana, ya platicando á la juventud en las escuelas y gimnasios, á los presos en las cárceles, á los enfermos en los hospitales, á los pobres y menesterosos en las porterías de las casas y colegios, ya, finalmente, procurando ayudar á todo el mundo por medio de pías conversaciones...»



Padres de la Compañía asistiendo á enfermos del cólera.

Añádase á esto, «el incomparable y utilísimo ministerio de dar los Ejercicios tan propio y peculiar de esta religión; el fundar y erigir Congregaciones para utilidad espiritual de toda clase de personas, pero principalmente para la juventud; el asistir y consolar á los enfermos y moribundos, ayudándolos á bien morir; y el ir á las misiones de Ultramar para la conversión de los infieles, con todos los trabajos y fatigas necesarios para reducirlos á vida culta y civilizada, bajo la sombra y amparo de nuestra Madre la Iglesia católica... ministerio este tan predilecto de la Compañía, que se obligan con solemne voto los profesos á obedecer al Sumo Pontífice, emprendiendo cualesquiera viajes, á pie y mendigando si es menester, para acudir á la misión que el Vicario de Cristo les señalare.» Todo esto y «la disposición y modo de ser que tiene la Compañía de Jesús, que es, en todas sus partes una obra maestra de prudencia y sabiduría más divina que humana..., la variedad de grados, tan á propósito para el fin que se pretende, la manera de gobierno, no menos paternal que eficaz, los tres años de probación, los votos simples del bienio, el cuarto voto de los profesos, el de no pretender ni aceptar dignidades, la pobreza de las casas profesas y otras muchas cosas particulares que tiene la Compañía» (1), me atraían y enamoraban, como ya he dicho.

(1) P. FEDERICO CERVÓS: *Breve noticia del Instituto de la Compañía de Jesús.*

Después, en el Noviciado, donde por supuesto no hay ni rastro de esas ridículas y necias pruebas de que hablan los que se entretienen en escribir tonterías sobre la Compañía de Jesús, sólo se ven prácticas é instrucciones piadosas, ejercicios de humildad, caridad y obediencia, todo lo que puede contribuir suave y amorosamente á que los Superiores conozcan las inclinaciones y talentos de los novicios, y á que estos prueben la Religión y echen los cimientos de la perfección evangélica.

Y no quiero hablarle á V. ahora, porque la materia exige más larga plática, de los profundos y bien ordenados estudios que llevan á cabo los estudiantes de la Compañía, con arreglo á un plan y método admirables, ni del acabadísimo y perfecto *Ratio Studiorum*, código que resume con grande orden y precisión cuanto es preciso saber para la más esmerada educación de la juventud...

Y, por último, querido amigo, si hubiera V. visto como yo de cerca, íntimamente, una casa cualquiera de la Compañía de Jesús, comprendería V. la razón del entusiasmo con que hablo de ella... Reinan allí orden, paz y armonía ejemplares y continuos; como que la gran máquina se mueve á impulso de una fuerza que no se agota ni entorpece jamás, sencillamente mencionada en la primera regla del sumario: «La interior ley de la caridad y amor que el Espíritu Santo escribe é imprime en los corazones más que ninguna exterior constitución ha de ayudar para esto...»

Un célebre impío, aún más perverso que célebre, dijo que los Jesuitas «se reúnen sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin llorarse...» Lo primero es una necia perogrullada, porque claro es que en todas las corporaciones los individuos que se reúnen no suelen conocerse antes de reunirse... Lo demás es una vil mentira, que fácilmente comprueba cualquiera que conozca un poco á la Compañía y haya observado «la intimidad, la concordia, la alegre expansión que reinan entre los dichosos hijos de Ignacio... Franceses y españoles, italianos y flamencos, alemanes, ingleses, portugueses y suizos, viven bajo un mismo techo como hijos de un mismo padre, hermanados y unidos con el lazo de la misma fina caridad. Allí no hay más que unos intereses: los de Cristo... Allí no hay más que una ambición: la de salvar almas... Las prosperidades de cada uno, son las prosperidades de todos, y los contratiempos de cada miembro los siente todo el cuerpo...» (1).

Sí; los Jesuitas se aman entrañablemente; aman al prójimo, no con el moderno y pernicioso espíritu de tolerancia y acomodamiento con el error, sino cristiana y santamente... San Ignacio y sus hijos supieron y saben muy bien que el *hacerse todo á todos* de San Pablo, es con el fin de ganarlos á todos *para Cristo*, no para perderse con los que de Cristo se apartan.

Por ese amor, por ese espíritu de suave y

(1) P. Cervós, Ob. cit.

compasiva caridad, y ese orden, armonía y unión, mereció la Compañía de Jesús que San Juan Berchmans y San Francisco Javier justamente la llamasen *Compañía de amor...* ¡Dichosos los que en ella logran vivir y morir!

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS

IV

#### Testigos de defensa.

Al siguiente día, D. Juan entró en mi cuarto con unos papeles en la mano.

—Ya que ayer hablamos—me dijo—de los *testigos de cargo* contra la Compañía de Jesús, no estará de más que oiga V. á los testigos de defensa... Aquí tiené V. copia de un escrito mío que en otra ocasión dejé á un compañero, párroco de esta corte... De su casa la traigo para que V. la lea... No es más que un compendio, tomado de diversas obras que contienen juicios acerca de los Jesuitas... Leámosle juntos, por si se le ocurre á V. alguna observación.

Vea V., ante todo, y no están agotados aquí, varios dictámenes de los Pontífices que han regido la Cátedra de San Pedro, desde Paulo III, que fundó con su aprobación la Compañía... Y note cómo en bulas, breves y constituciones, siempre la Santa Sede encomió, aprobó y defendió á la Compañía de Jesús con repetidos y constantes elogios...

Tomé los pliegos manuscritos que más adelante copié para conservarlos, y leí:

«Paulo III califica á los Jesuitas de hombres movidos por el espíritu de Dios para consagrarse á Jesucristo en la predicación de la divina palabra, en el servicio de los enfermos y en la educación de la juventud... Son el campo fértil que con la doctrina y el ejemplo multiplica cada vez más sus frutos (Bula *Reg. licet.*)

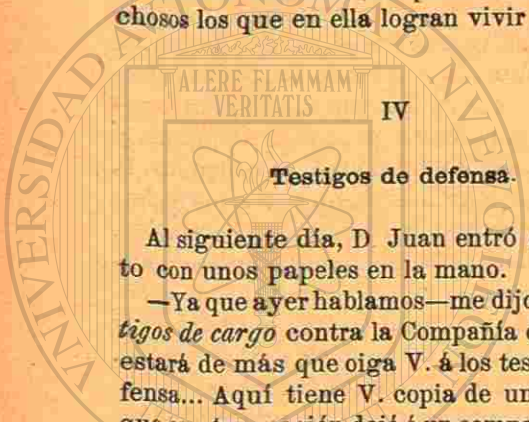
»Julio III los llama hijos suyos queridísimos, que, apartándose de las vanidades del siglo, sirven al Señor humildemente y trabajan con celo ardentísimo, unido al saber y buen ejemplo... (Bula *Sacrae Religionis.*)

»Marcelo II pidió á San Ignacio dos Padres de la Compañía para confiarles el examen, discusión y resolución de las más graves materias del servicio divino...; y le dijo al Santo fundador: «Procurad Vos reunir gente, que á Nos tocará emplearla.» (Bartoli: *Historia de Italia.*)

»Paulo IV apreciaba en extremo á la Compañía, y decía que esta familia religiosa, nacida de humildes principios, había crecido cada día más ilustre y fecunda, sin desmayar bajo el peso de inúmeros trabajos. (Brumato: *Historia de Paulo IV.*)

»Pío IV afirma que se ve estimulado á conceder á los Jesuitas favores especiales, porque así como ostentan el nombre de Jesús, así con sus obras, palabras y ejemplos procuran imitarle (Breve *Etsi ex debito.*) Y en otro breve, dirigido al emperador Maximiliano, dice que á los Jesuitas los calumnian por envidia del bien que hacen, pero que salen de las acusaciones más gloriosos que antes.

compasiva caridad, y ese orden, armonía y unión, mereció la Compañía de Jesús que San Juan Berchmans y San Francisco Javier justamente la llamasen *Compañía de amor...* ¡Dichosos los que en ella logran vivir y morir!



#### Testigos de defensa.

Al siguiente día, D. Juan entró en mi cuarto con unos papeles en la mano.

—Ya que ayer hablamos—me dijo—de los *testigos de cargo* contra la Compañía de Jesús, no estará de más que oiga V. á los testigos de defensa... Aquí tiené V. copia de un escrito mío que en otra ocasión dejé á un compañero, párroco de esta corte... De su casa la traigo para que V. la lea... No es más que un compendio, tomado de diversas obras que contienen juicios acerca de los Jesuitas... Leámosle juntos, por si se le ocurre á V. alguna observación.

Vea V., ante todo, y no están agotados aquí, varios dictámenes de los Pontífices que han regido la Cátedra de San Pedro, desde Paulo III, que fundó con su aprobación la Compañía... Y note cómo en bulas, breves y constituciones, siempre la Santa Sede encomió, aprobó y defendió á la Compañía de Jesús con repetidos y constantes elogios...

Tomé los pliegos manuscritos que más adelante copié para conservarlos, y leí:

«Paulo III califica á los Jesuitas de hombres movidos por el espíritu de Dios para consagrarse á Jesucristo en la predicación de la divina palabra, en el servicio de los enfermos y en la educación de la juventud... Son el campo fértil que con la doctrina y el ejemplo multiplica cada vez más sus frutos (Bula *Reg. licet.*)

»Julio III los llama hijos suyos queridísimos, que, apartándose de las vanidades del siglo, sirven al Señor humildemente y trabajan con celo ardentísimo, unido al saber y buen ejemplo... (Bula *Sacrae Religionis.*)

»Marcelo II pidió á San Ignacio dos Padres de la Compañía para confiarles el examen, discusión y resolución de las más graves materias del servicio divino...; y le dijo al Santo fundador: «Procurad Vos reunir gente, que á Nos tocará emplearla.» (Bartoli: *Historia de Italia.*)

»Paulo IV apreciaba en extremo á la Compañía, y decía que esta familia religiosa, nacida de humildes principios, había crecido cada día más ilustre y fecunda, sin desmayar bajo el peso de inúmeros trabajos. (Brumato: *Historia de Paulo IV.*)

»Pío IV afirma que se ve estimulado á conceder á los Jesuitas favores especiales, porque así como ostentan el nombre de Jesús, así con sus obras, palabras y ejemplos procuran imitarle (Breve *Etsi ex debito.*) Y en otro breve, dirigido al emperador Maximiliano, dice que á los Jesuitas los calumnian por envidia del bien que hacen, pero que salen de las acusaciones más gloriosos que antes.

»San Pío V dice que los Jesuitas por su religión, vida ejemplar, pureza de costumbres, pericia en las letras y Divinas Escrituras, eran los autores del fruto abundantísimo que había en el mundo católico, y los propagadores de la palabra de Dios en las tierras bárbaras... Deseaba el Santo Pontífice que hubiese Colegios de la Compañía en todas las ciudades, especialmente en las que estuviesen infestadas de herejía; y confió á los Jesuitas la dirección de la Penitenciaría de San Pedro. (Bula *Innumerales*.—Breve al Arzobispo de Colonia.)

»Gregorio XIII colmó de elogios á la Compañía en muchos breves ó bulas, y le abrió en toda Europa casas y colegios. Calificalos de dique contra la herejía (Breve *Dum attenta*), de operarios infatigables para extirpar los errores de la viña del Señor (Breve *Immensa pietas*), de héroes idóneos para contener la audacia de Satanás... (Breve *Semper amavimus*.)

»Sixto V dijo que la Compañía era instrumento utilísimo para lograr que la religión se purificase y floreciese... (Breve *Dum coelestis*.)

»Gregorio XIV de nuevo confirmó el instituto de la Compañía, prohibiendo con severísimas penas que fuese impugnado directa ó indirectamente. «La religión de la Compañía de Jesús—decía—que la Providencia ha suscitado en estos tiempos, ha trabajado hasta ahora con tanto ardor y sigue trabajando incesantemente; de suerte que consideramos que su perturbación y daño redundaría en perjuicio común de la Iglesia; y, por el contrario, la paz y tran-

quilidad de la Compañía puede ser de suma utilidad á la misma Iglesia. Por lo cual Nos hemos amado siempre con sincero afecto á la mencionada Compañía por los copiosos frutos que ha producido en la iglesia de Dios...» (Bula *Exponi nobis...*)

»Clemente VIII llamaba á la Compañía brazo derecho de la Sede Apostólica. (Suárez, *De Relig.*, vol. iv); y Paulo V dice: «Cuánto adelanta la Compañía de Jesús con provecho de la fe, de la piedad y de la religión, lo sabemos muy bien y lo sabe toda la república cristiana.» (*Inst. lit. Apost.*)

»Gregorio XV la calificó de «Sociedad muy esclarecida por la defensa del nombre católico y por las victorias obtenidas sobre los herejes», y añadía: «Cuánto aprecio hacemos de ella lo probarán á todas las naciones y á los siglos futuros aquellos dos defensores del imperio cristiano, Ignacio y Javier, que hemos elevado á los altares.» (*Appendix ad Bullar. S. Cong. de Prop. fide.*)

»Urbano VIII é Inocencio X alaban el celo por la salvación de las almas, la caridad para con Dios y para con el prójimo, la fidelidad é integridad de la Compañía de Jesús, á la cual ambos Pontífices protegieron mucho; lo mismo que Alejandro VI, que la elogió extraordinariamente en una de sus Constituciones y con siguió que fuese restablecida en la república de Venecia.

»Clemente IX llama á la Compañía «orden célebre por hombres de modo extraordinario



adornados de piedad, religión, doctrina en las ciencias sagradas y en las bellas letras, en la ciencia de la salvación propia y dirección de las almas; ilustre por sus singulares méritos para con la Santa Sede. (*Inst. S. J. litterae apostolicae.*)

»Clemente X, Clemente XI, Inocencio XI, XII y XIII, Alejandro VIII, reprodujeron, casi con idénticas palabras los elogios de sus predecesores á la Compañía.

»Benedicto XIII alaba los frutos abundantísimos que produce la Compañía de Jesús, en todas partes, con la doctrina, palabra y ejemplo, con su celo para promover entre los fieles obras pías y saludables, en memoria de Jesucristo. (*Institutum S. J. litt. apost.*)

»Benedicto XIV elogia extremadamente á la Compañía en diversas Bulas, llamándola «muy adicta á la Santa Sede y noble madre de un gran número de religiosos que resplandecen por sus virtudes cristianas, por su saber en todo linaje de ciencias y letras y por su celo de salvar almas». (Bula *Constantem.*)

»Clemente XIII, notando que los poderes seculares, movidos por la filosofía volteriana, trataban de destruir la Compañía, la defendió vigorosamente. Al rey de España le escribió las siguientes palabras: «Es absolutamente inocente, lo declaramos en presencia de Dios y de los hombres, el cuerpo, el instinto, el espíritu de la Compañía de Jesús; y no sólo inocente, sino piadoso, útil y santo en su objeto, leyes y máximas; y por más que se han esforzado sus

enemigos en probar lo contrario, sólo han conseguido el descrédito y el odio á las mentiras y contradicciones con que han tratado de llevar á cabo su odiosa empresa.»

»Procuró con empeño que el Cardenal Torregiani, Nuncio en España, desengañase y convenciera á los personajes que estuviesen preocupados contra los Jesuitas por las calumnias propaladas; y quiso que el Consejo de Castilla hiciese quemar por mano del verdugo el libro de las *Reflexiones*, porque contenía multitud de injurias y calumnias contra la Compañía. En más de veintisiete breves descubrió á los Monarcas de Francia, España, Portugal y Polonia, á varios Prelados de diversas naciones, las inicuas tramas urdidas para aniquilar á la Compañía de Jesús, cuyo instituto, en una solemne Constitución, confirmó, aprobó y bendijo.

»Pío IX, escribía al Cardenal Vicario, en 2 de Marzo de 1871: «Sin duda nos servimos con frecuencia de los Padres de la Compañía de Jesús, les confiamos varios cargos; y sobre todo, el del ministerio sagrado; y ellos cumplen de manera que nos hacen apreciar más cada día esa fidelidad y ese celo que han logrado de nuestros predecesores múltiples y magníficos elogios. Pero ese amor y estimación que concedemos con toda justicia á una Sociedad que siempre ha merecido bien de la Iglesia de Cristo y de esta Santa Sede y del pueblo cristiano, está ejos de esa condescendencia servil inventada por sus calumniadores. Con indignación recha-

zamos esa injuria hecha á Nos y al humilde celo de esos excelentes Padres.»

» Por ultimo, nuestro Santísimo Padre León XIII, en su breve *Dolemus*, confirma el Instituto y privilegios de la Compañía, y dice: «Que estas nuestras letras sean una prenda del amor que profesamos y siempre hemos profesado á la ilustre Compañía de Jesús, tan adicta á nuestros Predecesores y á Nos mismo; madre fecunda de hombres eminentes en santidad y sabiduría; dispensadora de sana y sólida doctrina; y que, á pesar de las violentas persecuciones sufridas por la justicia, no cesa jamás de trabajar en la viña del Señor, con ánimo denodado é invencible. Adornada con tales méritos, recomendada por el mismo Concilio de Trento; colmada de elogios por nuestros predecesores, prosiga la Compañía de Jesús en medio de los odios injustos desencadenados contra la iglesia de Jesucristo, llevando siempre adelante el fin de su Instituto, á mayor gloria de Dios y salud eterna de las almas. Prosiga convirtiendo y reduciendo á los infieles y herejes á la luz de la verdad por el ministerio de las misiones; prosiga educando á la juventud en las virtudes cristianas y en las bellas letras; prosiga enseñando la filosofía y la teología según el espíritu del Doctor Angélico. Entre tanto Nos abrazamos con vivo afecto á la Compañía de Jesús, que nos es tan cara, y damos al Superior general, á su Vicario, y á todos los hijos de esta Compañía, nuestra bendición apostólica.»

—Lea V. ahora—me dijo D. Juan—dictámenes y hechos de Santos y piadosos varones.

Y, en el mismo manuscrito, lee:

«San Felipe Neri amó en extremo á la Compañía. Más de una vez trató de ingresar en ella; pero San Ignacio, conoedor de los designios providenciales sobre aquel gran Santo, no lo consintió.

» San Carlos Borromeo protegió con suma predilección á los Jesuitas, y les fundó casas en Suiza y Milán.

» El Arzobispo Santo Tomás de Villanueva, gloria de la orden de San Agustín, profesaba á la Compañía extraordinario afecto; y procuraba con sumo empeño que no le privasen de ningún religioso de ella.

» Santa Teresa de Jesús tuvo varios confesores y directores de la Compañía, á quienes encomia en muchos pasajes de sus obras, dando gracias á Dios por haberlos tenido.

» El V. Juan de Ávila, gran maestro espiritual, enviaba á sus mejores discípulos á que ingresasen en la Compañía de Jesús...; y el V. Fray Luis de Granada la apreciaba tanto, que cuando supo que su famoso hermano en religión Melchor Cano comenzaba á impugnar á los Jesuitas, escribió cartas de excusa, y temió que aquel hecho acarrease algún castigo de Dios.

» San Juan de Dios, San Cayetano de Tiene, el B. Juan Micón, San Félix de Cantalicio y San Camilo de Lelis, mostraron singular amor á la Compañía. San Luis Bertrán se valía de un Jesuita para director y confesor.

»Santa María Magdalena de Pazzis fué siempre dirigida por Jesuítas, y cuando la hija del duque de Toscana fué á Francia para desposarse con Enrique IV, «la recomendó que procurase alcanzar del Rey el restablecimiento en su reino de los Padres de la Compañía de Jesús», y añadió: «que ese era uno de los mayores servicios que ella podía hacer á Dios para bien de aquel reino».

»El gran Doctor San Francisco de Sales se retiraba todos los años á una casa de la Compañía para hacer los espirituales ejercicios. Siempre fué especial amigo de los Jesuítas. Por consejo de uno de éstos, del P. Juan Ferrer, publicó aquella preciosa obra titulada *Introducción á la Vida Devota*.

»San Vicente de Paúl, grande apóstol de la caridad, publicaba extraordinarias alabanzas á la Compañía.

»Todos los fundadores de Congregaciones religiosas posteriores á San Ignacio, acudieron á la Compañía de Jesús para buscar dirección y consejo.

»El piadosísimo é insigne San Alfonso María de Ligorio, que vivió en épocas de gran persecución para la Compañía, cuando Clemente XIV publicó la Bula antes citada, le dirigió la carta siguiente:

«Santísimo Padre: la Bula que Vuestra Santidad ha publicado en alabanza y confirmación de la Compañía de Jesús, ha llenado á todos los buenos de alegría, en la cual yo también he tomado parte... Profeso grandísima estimación

á esa Compañía, por el gran bien que obran esos santos religiosos con sus ejemplos y trabajos de todas clases en cualquier parte donde se hallan. Puedo dar testimonio de los prodigios de su celo y caridad, que admiré cuando vivía en Nápoles. El Señor ha permitido que en estos últimos tiempos sean probados con terribles persecuciones; pero Vuestra Santidad los ha consolado eficazísimamente; porque, como Jefe de la Iglesia y Padre de todos los fieles, los ha defendido solemnemente, publicando con una santa Bula sus méritos ante Dios y los hombres. De ese modo Vuestra Santidad ha respondido á los malévolos que procuraban destruir la estimación, no sólo de las personas de la Compañía, sino del Instituto. En cuanto á nosotros, pastores de las almas, que tenemos en el celo y trabajos de estos religiosos grandísimo auxilio para dirigir nuestra grey, y yo entre otros, que soy el último de los Obispos, damos á Vuestra Santidad muy humildes gracias por lo que ha hecho, y le suplicamos que se digne proteger siempre esa Orden, que ha dado á la Iglesia tan buenos obreros, á la fe tantos mártires, y á todo el mundo tan buenos ejemplos...»

Quando acabé la lectura, me dijo D. Juan: —Paréceme, amigo mío, que estos testimonios valen algo más que las calumnias y declaraciones de unos cuantos herejes... Pues alabanzas análogas podrían copiarse en crecidísimo número... Sólo con lo que se refiere á los doscientos treinta y tres años que duró la prime-

ra época de la Compañía, el conde Malabaila de Osasco pudo reunir en dos volúmenes en folio, manuscritos, que se hallan en la Biblioteca de Jesús en Roma, 10.335, testimonios de personajes célebres que vivieron en dicho largo período, y de Concilios, Ordenes religiosas, repúblicas y ayuntamientos; y los trae por extenso con las citas exactas de los libros, tomos y páginas de donde se han copiado.

Tales declaraciones, y especialmente las de la Santa Sede, que para un cristiano como V. son irrefutables, prueban sin duda alguna, la bondad y merecimientos singularísimos de la Compañía de Jesús.

Por mi parte, sólo añadiré unas pocas citas más, y no de Santos ni de Pontífices: La primera por ser del príncipe de nuestros ingenios, de *Miguel de Cervantes*, que escribió de los Jesuitas: «Para repúblicas del mundo, no los hay tan prudentes en todo él; y para guiadores y adalides del camino del cielo, pocos les llegan. Son espejos donde se mira la honestidad, la católica doctrina, la singular prudencia, y finalmente, la humildad profunda, basa sobre quien se levanta todo el edificio de la bienaventuranza.»

Oiga V. ahora las siguientes, que son para el caso, de testigos de mayor excepción:

«La Compañía de Jesús es el conjunto más asombroso que jamás se ha visto de ciencia y de virtud.» (*Lalande.*)

El impío *Voltaire*, iluminado un momento por la luz de la verdad, escribió: «Asómbrame,

verdaderamente, que haya quien ose acusar á los Jesuitas. Me atrevo á decirlo: no hay nada, á mi juicio, más contradictorio, más inicuo, más vergonzoso para el género humano, que acusar como hombres de moral relajada á unos hombres que llevan en Europa vida austérrima y que van á buscar la muerte en América y en Asia.»

«Pesad el bien que los Jesuitas han hecho. Acordaos de los escritores célebres que han dado á Francia y de los que se han formado en sus escuelas; traed á la memoria los reinos que han conquistado á nuestro comercio, con su habilidad, sus sudores y su sangre; repasad en vuestra mente los milagros de sus Misiones en el Canadá, en el Paraguay y en la China, y veréis que el poco mal de que se los acusa no puede compararse con los servicios que han hecho á la Sociedad.» (*Montesquieu.*)

«¡Jesuitas! ¡Asesinos que nunca asesináis y siempre sois asesinados!... ¡Soberbios, que besáis la tierra!... ¡Ambiciosos, que hacéis voto de no admitir puestos ni honores!... ¡Calumniadores, que arrostráis la calumnia, que la apuráis sin desmentirla, y que pagáis con beneficios las injurias!... No os acabo de entender, porque es preciso ser un santo para penetrar en el fondo de vuestras conciencias.» (*Fécal.*)

## De cómo fué suprimida la Compañía de Jesús.

—En todo lo que hemos leído—dije—nada se habla de Clemente XIV... es decir, del Pontífice que, según tengo entendido, suprimió la Compañía.

—Ese es el argumento principal, el argumento *magno*, que dice Tinieblas, de todo enemigo de los Jesuitas;—contestó D. Juan.—Y es particular que en esto, como en otras cosas, los mismos que jamás respetan las decisiones pontificias ni hacen caso para nada de la Cátedra de San Pedro, en cuanto un Papa dice algo que ellos pueden interpretar á su gusto, lo comentan y glosan y se valen de ello como si fueran entusiastas defensores de la Santa Sede... Si tanto vale para ellos una resolución pontificia, parece que debieran tener en mucho los juicios de tantos otros Pontífices que amaron siempre y protegieron y encomiaron á la Compañía de Jesús...

Clemente XIV no suprimió la Compañía porque la juzgase culpable, sino porque creyó que, suprimiéndola, evitaba males mayores que los que la supresión produjera... Así como el capitán de un buque tal vez arroja al agua precioso cargamento, para poder dirigir y salvar la nave combatida por espantosa tormenta... Quizá los pasajeros amotinados le obligaron á ello... ¿Y quién dirá que la carga fué arrojada por inútil, mala y de ningun valor?

La filosofía anti-cristiana del siglo XVIII, que se había propuesto exterminar á la Iglesia católica, quiso comenzar por destruir á los *genizaros del Papa*, como llamaba á los Jesuitas. Para lograrlo no hubo calumnia que no inventara y propalase, ni medio reprobado á que no acudiera. Sedujo á ministros, consejeros y personajes importantes; y, por estos, á monarcas tan débiles como José de Portugal, Luis XV de Francia y Carlos III de España; los cuales se atrevieron á pedir al Romano Pontífice la supresión de la Compañía. No la alcanzaron. Antes al contrario, Clemente XIII, como hemos dicho, defendió con suma energía la inocencia de los Jesuitas, en breves y bulas apostólicas.

Acudieron entonces aquellos gobiernos á la violencia y expulsaron á los Jesuitas de sus casas y misiones; *sin examen ni proceso, que siempre reclamaron en vano*; mataron á unos, encerraron en cárceles á otros, y desterraron á muchos á los Estados Pontificios; todo ello con refinada crueldad y notoria injusticia.

Sabido es que luego, para amedrentar á la Santa Sede, invadieron sus dominios á mano armada; le arrebataron el condado de Aviñón, Pontecorvo y el ducado de Benevento, y amenazaron al Pontífice hasta con promover el cisma. Pero Clemente XIII resistió constante y murió apenadísimo por los males de la Iglesia.

La tempestad desencadenada contra la Compañía alcanzó increíble fuerza cuando ocupó el trono Pontificio Clemente XIV; el cual procuró

calmar las pasiones, apagar un tanto la hostilidad de los gobiernos coligados, dilatar cuanto fuera posible la resolución que trataban de arrancarle. Mas al cabo, viéndose oprimido por aquellos impíos ministros que exigían terminantemente la supresión de la Compañía, y comparando los daños ya existentes y los que duramente amenazaban, consideró menor mal consentir en la abolición de la Compañía.

«Así lo creyó y así lo hizo—dice un autor Jesuita, el P. Segundo Franco—y á nosotros no nos toca condenar ó aprobar este juicio. Autoridad tenía para ello y los fieles deben respetar su conducta. El juicio de este acto, como el de cualquiera otro que emane de la suprema autoridad del Romano Pontífice, sólo pertenece á Dios.»

En el Breve de supresión, Clemente XIV refiere las acusaciones levantadas contra la Compañía; pero no dice que sean verdaderas, ni formula ningún juicio sobre ellas. «El Breve—dice el protestante Schoel—no condena ni la doctrina, ni las costumbres, ni la disciplina de los Jesuitas. Las quejas de las cortes son los únicos motivos que se alegan de la supresión; y el Papa la justifica con ejemplos precedentes de Ordenes suprimidas por respeto á la opinión pública... (1).» Prueba clara de que no los consideraba culpables; á la cual puede añadirse la que dió en el Breve *Coelestium munerum*, cuan-

(1) SCHOEL: *Cours d'histoire des états européens*, vol. XLIV.

do no tenía á su lado á los Arandas, Moñino, Bernis y otros, que le privaron de verdadera libertad en el ejercicio de su ministerio pontifical.

En dicho Breve concedió á los misioneros Jesuitas varias indulgencias «por el gran ardor—decía—con que saben procurar la salvación de las almas, por su viva caridad hacia Dios y el prójimo, y por su infatigable celo por el bien de la religión».

El Breve de expulsión no fué, pues, «una sentencia condenatoria, sino una medida puramente administrativa; no fué la condenación de un reo, sino la inmólación de una víctima (1).»

Los enemigos de la Iglesia recibieron el Breve con gran alegría. Los calvinistas holandeses y los jansenistas de Utrecht hicieron acuñar una medalla conmemorativa. Carlos III premió á Moñino con el título de conde de Floridablanca... Francia y Nápoles devolvieron á Roma los territorios usurpados... Los Jesuitas enmudecieron sumisos... De sus labios no salió ni una sola queja.

Los gobiernos pidieron la abolición de la Compañía para salvar—dijeron—á la Religión de su pervertida moral y á los tronos de su insaciable ambición. Veinte años después abolióse en Francia el culto cristiano; y los ministros de Dios se vieron perseguidos ó guillotina-

(1) P. ZARANDONA: *Historia de la extinción y restablecimiento de la Compañía de Jesús*, vol. II.

nados...; derribados los tronos, derramada la sangre de reyes, nobles y plebeyos... La nave de San Pedro navegó combatida por durísimos temporales en los Pontificados de Pío VI y Pío VII...

El primero de estos Pontífices quiso restablecer la Compañía; y aunque no le fué posible hacerlo, la autorizó en Rusia, colmándola de alabanzas.

Después, al concluir las guerras europeas, Pío VII restableció la Compañía de Jesús en todo el orbe católico, movido á ello, como dice por las urgentes reclamaciones de los arzobispos y obispos, de todas las corporaciones y clases de personas insignes, por el consentimiento unánime de casi todos los fieles, y para no hacerse reo de grave delito en la presencia divina, si rehusara los servicios de aquellos valientes y experimentados religiosos...

—Y ¿qué hicieron—pregunté á D. Juan— los Jesuitas desterrados?

—Los que salvaron la vida, después de tantos trabajos y malos tratos, fueron acogidos con sumo aprecio por los Prelados y personas afectas á la Religión y al orden... Los Padres españoles, entre los cuales los hubo tan famosos por su saber, como los Padres Andrés, Lampillas, Arévalo, Arteaga, Hervás, Garcés y Petisco, siguieron todos ocupados en sus sagrados ministerios; dirigieron establecimientos de enseñanza, cultivaron las letras y ciencias... Consuela ver cómo muchos de ellos, desterrados de su patria, salieron á defender

la honra de España contra los ataques de algunos escritores extranjeros que menospreciaban las glorias de la literatura española...

Muchos Jesuitas de las demás naciones se distinguieron también notablemente. Pontífices y Obispos procuraban colocar á los ex Jesuitas cerca de sus personas y aun de su consejo... Reyes, prelados y pueblos les confiaban la enseñanza científica y literaria...

Para honra de su abolido Instituto, la vida de los Jesuitas proscritos fué un sacrificio incesante ofrecido á la Religión, á la humanidad y á la ciencia. Sus obras lo atestiguan, la historia lo demuestra.

Y también constan en la historia los castigos que el cielo envió á los perseguidores de la Compañía... Muchos se burlaran de ello, llamándolo mera casualidad... Pero, con todo, no es malo que de vez en cuando, nos fijemos un poco en esas *casualidades*... Como notan varios historiadores, todos los que intervinieron en aquellos actos injustísimos de violentar la libertad del Pontífice, hallaron en sí propios, ó en sus familias ó estados, dura expiación. El rey de Nápoles perdió parte de su reino. Luis XV murió lleno de desesperación y remordimientos. Luis XVI fué guillotinado. La casa de Braganza en Portugal, sufrió angustiosas pruebas. Nuestro rey Carlos IV, expió la obstinación de su padre con penosas desdichas de familia y la pérdida de su reino. José II de Austria vió su nación humillada, escarnecida, á punto de perecer... Y en épocas más recien-

tes, sobran ejemplos que sería largo enumerar... Basta mencionar a los dos escritores Gioberti y Eugenio Sué... Murió el primero sin tener quien le asistiese en su última hora... Y el desdichado autor de *El Judío Errante* murió impenitente... ¿No es cierto que hay casualidades dignas de que en ellas pensemos algún tanto?

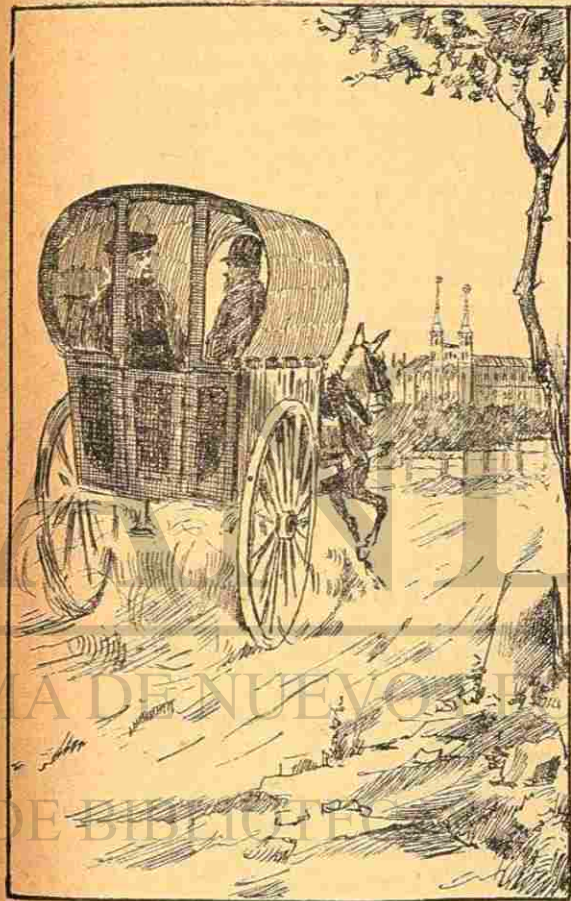
## VI

## Un colegio de Jesuitas.

Pocos días después fui a ver con D. Juan un famoso colegio de Jesuitas, cerca de Madrid... Usamos primero el tranvía. Luego una menguada tartana desequilibrada y decrepita, cuyo movimiento era digna preparación, no para ver colegios ni cosa alguna, sino para meterse el viajero en la cama, rendido y mareado... A este artefacto, que no olvidaré nunca, llamaba *sleeping-car* un hermano coadjutor de la Compañía, que le usaba a menudo...

Mal llegué a las puertas del colegio. Pero pronto me repuse en la sala de recibo, donde descansé un rato, lo suficiente para que un Padre, profesor del colegio, por quien mi amigo preguntó, fuese donde estábamos.

Bien quisiera yo aquí nombrar a aquel Padre, de quien más adelante fui grande amigo, y elogiarle como merece; pero sé que ni él ni los demás gustan de esas cosas... Diré no más



A este artefacto llamaba *sleeping-car* un Hermano coadjutor.



tes, sobran ejemplos que sería largo enumerar... Basta mencionar a los dos escritores Gioberti y Eugenio Sué... Murió el primero sin tener quien le asistiese en su última hora... Y el desdichado autor de *El Judío Errante* murió impenitente... ¿No es cierto que hay casualidades dignas de que en ellas pensemos algún tanto?

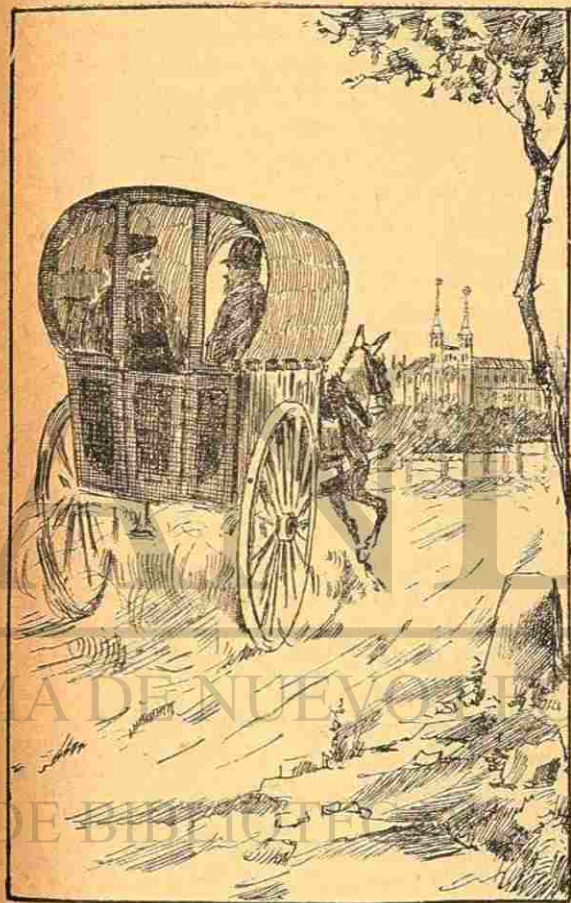
## VI

## Un colegio de Jesuitas.

Pocos días después fui a ver con D. Juan un famoso colegio de Jesuitas, cerca de Madrid... Usamos primero el tranvía. Luego una menguada tartana desequilibrada y decrepita, cuyo movimiento era digna preparación, no para ver colegios ni cosa alguna, sino para meterse el viajero en la cama, rendido y mareado... A este artefacto, que no olvidaré nunca, llamaba *sleeping-car* un hermano coadjutor de la Compañía, que le usaba a menudo...

Mal llegué a las puertas del colegio. Pero pronto me repuse en la sala de recibo, donde descansé un rato, lo suficiente para que un Padre, profesor del colegio, por quien mi amigo preguntó, fuese donde estábamos.

Bien quisiera yo aquí nombrar a aquel Padre, de quien más adelante fui grande amigo, y elogiarle como merece; pero sé que ni él ni los demás gustan de esas cosas... Diré no más



A este artefacto llamaba *sleeping-car* un Hermano coadjutor.

que él bastó, no para reconciliarme con la Compañía, porque yo no sentía odiosidad ninguna contra ella, sino para aficionarme primero al trato de los Jesuitas, cultivarle luego con gusto, y quererlos entrañablemente después; tan cierto es lo que me decía D. Juan... «No se necesitan argumentos para defender á los Jesuitas y sentir por su Instituto verdadera amistad... Basta conocerlos y tratarlos de cerca...»

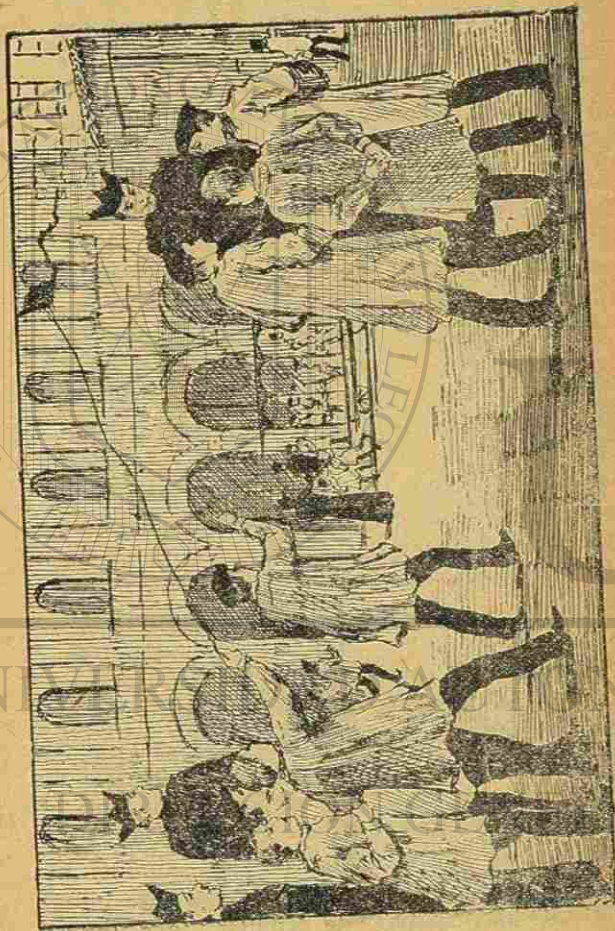
Mucho había que ver y admirar en aquel suntuoso edificio; la modesta elegancia de la sala de recibo, la bien trazada construcción y adecuado material de las aulas; la amplitud, higiene y disposición perfecta de los dormitorios y camarillas, la riqueza de la biblioteca y de los gabinetes de física é historia natural; el orden y limpieza que por dondequiera resplandecían... Cuadros é imágenes de notable mérito, obra, muchos de ellos, de Jesuitas... Contemplé largo rato la capilla, que más bien pudiera llamar suntuosa Iglesia, cuya arquitectura y ornato y hermosura, advertían al visitante: *En esta casa lo primero es Dios.*

Pues con ser tanto y de gran valer todo esto, menos atendía yo á contemplarlo que á oír la amable, oportuna y sobre todo, provechosa conversación del Padre... Había sido connovecido de D. Juan, y antes estuvieron juntos en un colegio como aquél... Oyendo lo que ellos hablaban de tiempos pasados y de otros compañeros, y con las explicaciones que yo me atrevía á pedir acerca de lo que íbamos vien-

do, fuíme penetrando de lo que eran aquel régimen admirable, y aquellas industrias y trazas ingeniosísimas que en el plan de estudios de tales colegios se prescriben para promover á la vez en los alumnos el bien y aprovechamiento espiritual, el amor á la virtud y la excelente instrucción literaria...

Habían acabado las clases de la tarde cuando llegamos al colegio... Los alumnos se hallaban en recreo, jugando en amplios patios independientes y separados, según las edades de los niños... No les faltaba allí la vigilancia y cuidado de los Padres y Hermanos de la Compañía... ¿Y quién diría que aquellos religiosos que con los muchachos jugaban, tan regocijadamente como ellos, eran los mismos graves Jesuitas que en otras ocasiones y lugares desempeñaban con perfección obras harto diferentes de las diversiones infantiles?... Algunos de ellos, que nombró y señaló D. Juan, eran famosos varones, escritores de nota, teólogos insig-nes, oradores cuyos méritos pregonaba la fama... Pues allí estaban; uno jugando con los chicos á la pelota; otro, tratando de elevar una cometa; otro... tirando con dos niños de un pequeño coche de tranvía, cargado de colegiales! Y todos estaban con tanta atención ocupados en tales puerilidades como si estuvieran haciendo la obra más importante del mundo...

Y sí que la hacían... ¿Acaso no era cosa importante hacerse amar de aquellos niños, inspirarles confianza que no amengüe el ascendiente de la autoridad, prepararlos poco á poco



Los Padres jugaban con los muchachos...

cón empeño y perseverancia para ser modelados como blanda cera, y obtener luego de ellos copiosos frutos de ciencia y de virtud?...

Porque todo esto se logra con la mayoría de los alumnos merced al cuidado y solicitud con que los educan é instruyen los prefectos, confesores y maestros que tiene la Compañía, al celo que estos buenos religiosos tienen, al ejemplo que dan y á los medios que usan para adelantar y enaltecer á los mejores discípulos á fin de que los demás se animen á cumplir bien sus deberes. Hasta las pasiones juveniles que, mal dirigidas, suelen originar terribles daños, sirven allí, encauzadas y sumisas, como resorte poderosísimo para que los alumnos sientan nobles estímulos que los encaminen y guíen al trabajo, al estudio y al bien.

Cuando la práctica de la vida me hizo conocer más adelante, mejor que cualquier razonamiento, la influencia suma que tiene para bien del hombre y de la sociedad la buena enseñanza y educación de la juventud, comprendí el beneficio incalculable que hacen las Ordenes religiosas que se dedican á tan alta y excelente obra; y el mérito que contraen tantos varones eminentes que en tan penosa y difícil tarea emplean gustosos su talento y actividad, sacrificando sus comodidades, su salud, y aun á veces la vida.

Hablando de esta visita al colegio, me decía D. Juan: «Apenas habrá otro ministerio en que la Compañía pueda dar mayor gloria á Dios que este de la educación de los jóvenes... San

Ignacio, iluminado con soberana luz, bien advirtió que esta cristiana educación de la juventud era medio poderoso para oponerse á los estragos de la herejía, y corrupcion de costumbres... Ahora, en estos nuestros tiempos de *libertinaje* desenfrenado en hechos y doctrinas, alcanza excepcional importancia esa católica obra... Como que impera la tiranía de la enseñanza oficial, emancipada, casi en todas partes, de la tutela paternal de la Iglesia, é instrumento á veces de propaganda activa, y para muchos inevitable, de errores y de impiedades sin cuento.

Encargar la instrucción de la niñez y adolescencia á maestros impíos ó inficionados de herejía fué siempre una de las principales armas que esgrimieron contra la fe de Cristo sus enemigos y perseguidores. Hoy la *sagrada libertad de la cátedra*, como dicen los que defienden todas las *libertades de perdición*, es semillero de graves males, y conquista de que el infierno se vale para procurar que el mundo sea su esclavo. Por eso los católicos defendemos y debemos cada día con mayor empeño, proteger y fomentar los colegios y pensionados que, como estos de la Compañía, son obra predilecta de institutos religiosos.

## VII

## Las riquezas de los Jesuitas.

—Para todas estas grandes obras de la Compañía — dije á D. Juan — se necesita emplear muchísimo dinero. No debe de ser del todo infundado lo que propalan los enemigos de los Jesuitas acerca de las fabulosas riquezas que tiene la Orden...

—Esos enormes tesoros de los Jesuitas—respondió D. Juan—vienen á ser como el ave fénix... ¿Dónde estarán?... ¿Cómo hallarlos? A muchos provinciales y superiores de la Compañía les harían gran favor esos caballeros, indicándoles el modo de encontrar y utilizar lícitamente tales riquezas...; porque aquellos Padres, á pesar de lo que cuenta la gente, no dejan de pasar á veces sus apurillos para atender á las precisas necesidades de sus súbditos.

Bien dice el P. Franco: «Cuando fué suprimida la Compañía de Jesús, lleváronse á cabo por largo tiempo minuciosísimas investigaciones para buscar sus tesoros; mas todo fué inútil...; imposible hallar el rastro de tal secreto. Muchas veces han sido expulsados los Jesuitas, y ocupados sus más reservados papeles, y confiscados sus bienes, casas y colegios en estos últimos años, y jamás se ha encontrado el menor vestigio de las ponderadas riquezas. Se hubieran descubierto los secretos del



¿Dónde estarán los *tesoros* de la Compañía?...

mismo demonio, con las indagaciones hechas para tal objeto. Y con todo, los codiciados tesoros permanecen ocultos siempre; y, lo que es más, hasta ahora no han podido tropezar con ellos los mismos Jesuitas... Dejando, pues, en paz á esos tesoros (á lo menos hasta que sean descubiertos) y hablando de los bienes que conocemos... ¿á cuánto ascienden?... En 1848, el gobierno sardo robó cuanto tenían los Jesuitas en los Estados de Cerdeña. Lo mismo hizo en los de Módena el excelso Sr. Farini, y en los Estados Pontificios el Sr. Pèpoli. Se sabe, pues, cuántos bienes poseían. Y no tengo reparo en asegurar que, si no se duplican, por lo menos no bastan ni para pagar los honorarios de los que sustituyeron á los Jesuitas; esto es, que se necesita á lo menos doble cantidad para sostener el mismo número de colegios, retribuir al mismo número de profesores y tener abiertas al culto idéntico número de iglesias... Desafío á que niegue esta proposición al que se atreva á hacerlo, con tal que al contradecirme se apoye en cifras y no en vanas palabras.»

—Sí, amigo mío—añadió D. Juan;—las riquezas grandes, innumerables, preciosas que tienen los Jesuitas, y las aprecian y estiman en mucho, no consisten en esos ilusorios caudales, que sólo existen en la imaginación de gentes ignorantes, necias ó mal intencionadas. Sus riquezas no son de las que pueden robar los ladrones ó consumir el tiempo... El tesoro riquísimo que posee y ama la Compañía, está en sus Santos, en sus mártires, en sus hé-

roes, en sus sabios y en sus obras, en lo mucho con que Dios ha favorecido á la Compañía colmándola de tales regalos.

Y á fe que es larga y hermosa la cuenta de esas riquezas inmortales: trece Santos de la Compañía, que veneramos en los altares; ochenta y dos Beatos, cuarenta y nueve Venerables y setecientos cuarenta hijos de San Ignacio, que con su sangre sellaron la fe católica ó el amor á su vocación.

Añada V. en seguida, sin evaluarlo—porque sólo Dios pone precio á estas obras—las innumerables y gloriosas empresas de un San Francisco Javier y de las invictas legiones de misioneros y de mártires, que dilataron por el mundo el imperio de la cruz de Cristo... Sólo aquel Santo conquistó para la santa fe más pueblos é imperios que los vencidos por la herejía. Como que convirtió cincuenta y dos reinos y bautizó por sí mismo cerca de un millón de infieles á costa de inauditos peligros y trabajos.

Y tras este grande apóstol de los tiempos modernos, los hijos de la Compañía regaron con su sudor y con su sangre la China, el Japón, la Florida, Persia, Tartaria y otros territorios. Ciento cuarenta y cinco misiones de Jesuitas hubo sólo en Asia, varias en Africa y Oceanía, y en América muchas, en extremo florecientes: ciento veintiocho cuando fué suprimida la Compañía de Jesús.

Después de su restablecimiento surgió de nuevo poderosamente el celo de la Compañía,

y su influencia bienhechora cundió por todas partes. Hoy cuenta todavía con más de doscientos colegios para la instrucción cristiana de la juventud y con más de quinientas treinta Residencias ó Casas de probación.

Cuenta actualmente con muchas misiones. En Europa, las de Constantinopla, Grecia, Iliria, Dalmacia, Suecia, Dinamarca y Suiza... En Asia, las de Armenia, Bombay, Siria, Mangalora, Bengala occidental, Maduré, Nankin y Tcheli (China). En Africa, las de Egipto, Zambeze, Madagascar, La Reunión y San Mauricio. En América del Norte, las de los Estados Unidos, Nueva Méjico, Colorado, Tejas, Montañas Roqueñas, California, Honduras, Costa Rica, Panamá, Antillas y Jamaica. En América del Sur, las de Guyana, Brasil, Ecuador, Perú, Chile, Paraguay, Uruguay y República Argentina. En Oceanía, las de Filipinas, Indias Orientales, Australia y Nueva Zelandia...

## VII

Héroes y sabios

—Y para que pueda V. calcular—prosiguió mi amigo—cuánto se acrecienta el tesoro de que vamos tratando con las hazañas portentosas llevadas á cabo en esas Misiones y en otras obras de celo de los Jesuitas, voy á referirle alguno de los heroicos y sublimes hechos que



El P. Juan Fernandez confesando á los heridos abandonados en el foso de Maestrich.

constan en los anales antiguos y modernos de la Compañía.

Sea el primero aquel maravilloso acto de apostólico celo, de valor heroico, á que dió feliz cima el P. Juan Fernández en el asalto de Maestrich en 1579. Con ánimo sereno y menospreciando el peligro, estuvo en el combate dando ánimo y auxilios á los soldados españoles. Después, ya de noche, al saber que habían quedado en los fosos de la puerta del Burgo muchos heridos abandonados, dirigese allí solo y sin empuñar más armas que la imagen de Jesús Crucificado... Recibe impávido el fuego de los herejes... Déjase caer al foso como si el plomo enemigo le hubiera muerto; y luego, arrastrándose por el fango sangriento, examina uno por uno los cuerpos que allí yacían; halla cuarenta y dos con vida; pasa la noche confesándolos, y abriendo á aquellas almas las puertas del cielo. Y al amanecer, rendido, cubierto de sangre, sin fuerzas ni aliento, vuelve con su crucifijo á los reales españoles.

Los Padres Núñez de Ribera y Gabriel Sanchez, en sus misiones, estando ya moribundos, emplearon las pocas fuerzas que les quedaban en predicar á sus neófitos con fervor ejemplar.

En la misión de Catayo, el P. Antonio Andrade sufrió con heroico ánimo increíbles trabajos. Tenía á veces que caminar con manos y pies para no caer en horrendos precipicios; hundíase á menudo en la nieve hasta los hombros, y se vió con frecuencia á punto de morir entre las garras de las fieras.



San Pedro Claver, apóstol de los negros.

En las Islas Marianas, el V. P. Luis de Medina iba por las casas de los indígenas para bautizar á los niños, cuando le atacaron los bárbaros y fué atravesado por una lanza. Y con el arma mortífera clavada en el cuerpo, prosiguió su obra redentora, yendo en busca de otros niños á quienes bautizar, hasta que exangüe y sin aliento cayó en tierra.

El insigne *apóstol de los negros*, San Pedro Claver, trabajó en evangelizar, auxiliar y cuidar á aquellos infelices por espacio de más de cuarenta años, haciendo para ello heroicos sacrificios y padeciendo males inauditos. Bautizó cerca de trescientos mil negros, á innumerables moros, y catequizó é instruyó á millares de cristianos que apenas si lo eran en el nombre.

Prescindo de mencionar ahora el gran número de víctimas que hubo en la Compañía, tanto en España como en Francia y otras naciones, con motivo de la gloriosa lucha contra la herejía del siglo XIX; y de enumerar los actos de sublime abnegación que llevaron á cabo los hijos de San Ignacio asistiendo con riesgo de la vida—que muchos de ellos perdieron—á los enfermos de cólera y peste y otras epidemias. Testigo de ello fueron Francia en 1832 (dos años después de haber sido cruelmente desterrados los Jesuitas); Roma, en 1837; Lisboa, en 1833; Nueva York, en 1831; Madrid, en 1834; España, Francia é Italia, en 1885; las Misiones de Asia, Africa y Oceanía, casi todos los años.



En 1843, el P. Verdugo y sus compañeros, en la República Argentina, con peligro inminente de ser asesinados, no cedieron de modo alguno á las impías exigencias del dictador Rosas.

En el mismo año los Jesuitas franceses se ofrecieron todos con noble competencia á ir á la misión del Maduré, donde el cólera y otros males habían diezmando á los misioneros de la Compañía, por haber sucumbido ocho en un solo año. En 1876 pereció gloriosamente en las costas de Mindanao el P. Marcelino Casasús, por el bien espiritual de aquellos indios, á quienes otras veces había favorecido con riesgo de la existencia.

Terminaré aquí esta breve relación recordando el memorable sacrificio que hizo de su vida el inclito misionero de Filipinas P. Pablo Ramón. Navegaba este Padre con otros cien viajeros, el 10 de Febrero de 1889, á bordo del vapor *Remus*, con rumbo á la misión de Suri-gao: de improviso chocó el buque con un bajo, abrióse y comenzó á hundirse rápidamente, sin dejar á los pasajeros esperanza de humano socorro. Mientras los naufragos, despavoridos y en tropel acudían á los botes de salvamento, el P. Ramón, arrodillado en la popa del barco, sereno, animoso y resignado, ofrecía á Dios su vida por el bien de sus prójimos. Invitaronle muchos á que procurase salvarse en alguna de las asaltadas lanchas; pero él respondía con suma entereza que quería ser el último de todos, y que se pusieran antes á salvo los demás

viajeros. No faltó quien le diera un salvavidas; pero él le cedió generosamente á otros. Y á poco, por este acto heroico de caridad, coronó dichosamente su preciosa vida, muriendo sepultado en las aguas del mar Pacífico.

Y el deseo de acudir á lugares y obras en que sea fácil, ó al menos probable, sacrificar la vida, no ha sido jamás hecho aislado en la Compañía. De ello dió testimonio el muy reverendo P. General, Juan Roothaan, diciendo en su Encíclica de 1833: «Siempre fué tan ardiente el celo con que los de la Compañía solicitaron la honra de ser enviados á las más remotas misiones de infieles, que jamás ha sido posible á los Prepósitos generales satisfacer los deseos de los que á ellas aspiraban. Y provincias hubo en que este santo anhelo era común herencia de casi todos los sacerdotes, hasta el punto de no hallarse apenas uno solo que, en recibiendo las órdenes sagradas, no pidiese ser enviado á las misiones extranjeras.»

Sigamos con la cuenta de las *riquezas* de la Compañía, pasando á otra sección ó capítulo que no vale poco. Me refiero á los frutos de sabiduría con que la Compañía ha enriquecido el mundo. Pasan de *quince mil* los escritores Jesuitas. Y algunos de ellos, como Gretser, pudieron contar por centenares las obras literarias ó científicas que compusieron. No habrá apenas ramo del humano saber sobre el cual no haya escrito algún hijo de San Ignacio.

De las escuelas de la Compañía salieron, y en el dilatado campo de las letras y ciencias bri-

llaron y merecieron universal renombre, *humanistas y retóricos* como Rivadeneira, Frusio, Pomey, Alvarez, Perpiñán, Lacerda, Decolonia, Porée, Juvencio y Turselino; *filósofos* como Fonseca, Suárez, Esparza, Arriaga, Losada, Pérez, Hurtado, Taparelli, Cuevas y Liberatore; *físicos, químicos y astrónomos* como Pianciani, Vico, Ducis, Della Rovere, Gotteland, Secchi y Faura; *matemáticos* como Clavio, Guldin, Taquet, Verbiest, Grimaldi, Riccioli y Ximénez; *oradores* como Estrada, Texier, Stanihursto, Bourdaloue, Oliva, Vieyra, Séneri, Segaud, Neuville, Maccarthy, Puyal, Gil, Montemayor, Ravignan; *historiadores* como Maffeo, Mariana y Orlandino, Sachino, Pamiano Strada, Nieremberg, Possevino, Luis de Guzmán y Sismondi; *ascéticos* como La Palma, Baltasar Alvarez, Lapuente, Arias, Rodríguez, Alvarez de Paz, Rossignoli, Plati, Nigronio y Scaramelli; *teólogos y polemistas* como Molina, Suárez, Vázquez, Belarmino, el B. Canisio, el B. Campión, Valencia, Arrúbal, Lugo, Toledo, Becano, Muniesa, Avillaga, Dechamps, Casajoana y Perrone; *escrituristas* como Salmerón, Maldonado, Tirino, Cornelio à Lápide, Ribera, Mendoza, Menochio y Sánchez; *moralistas* como Busembaum, Sánchez, Lessio, Castropalao, Lacroix, Layman, los dos Lugos, Sa, Tanner, Viva, Gury y Ballerini; *eruditos* como Petavio, Sirmond, Bolando, Henschenio, del Río, Hardovino, Gretzer, Andrés, Diosdado, Caballero, Hervás, etc., etc.

Mucho más podría decir; pero basta lo apun-

tado para que pueda V. tener una idea de lo que es y vale el tesoro de la *Compañía*.

### Intrigas y errores.

—No crea V.—me dijo otro día D. [Juan— por todo lo que hemos hablado, que me propongo hacer una perpetua apologia de los Jesuitas, como si éstos no pudieran padecer jamás los efectos de la flaqueza humana. Sociedades de hombres en todo y siempre irreprehensibles no existen ni han existido en la tierra. No lo fueron ni la de los siete primeros diáconos elegidos por los Apóstoles; ni siquiera la de los doce Apóstoles elegidos por el Señor. En ellos hubo un Judas. Entre tantos millares de Jesuitas, ocupados en tareas tan varias, que vivieron entre gentes de muy diversas naciones, costumbres y religión, claro está que no siempre habrán sido absolutamente todos dechados perfectos de mérito y virtud.

Ni los mismos Jesuitas afirman ó pretenden tal cosa. Lo único que aseguran, porque es verdad, es que la *Compañía* no ha prevaricado jamás, ni se ha apartado de su fin, ni le ha mudado nunca en otro, no ya impio, sino ni aun mundano. Han reconocido siempre los defectos en que hayan incurrido algunos de sus hijos; y los superiores de la Orden, en su varia jerarquía, han procurado con gran celo corregir y extirpar cualquier falta que hubiere, acu-

diendo á medios sapientísimos para lograrlo, incluso el de expulsar de la Compañía al religioso cuya permanencia en ella no sea conveniente.

Y no por eso puede decirse que el Instituto deje de estar sano y floreciente; porque no deja de estarlo una Corporación cuando en ella surge algún desorden, sino cuando éste no tiene pronto y eficaz remedio. Los defectos de alguno no pueden borrar la virtud de muchos.

Así, por ejemplo, la historia del P. Lavalette, tan repetida por los enemigos de la Compañía, se reduce á que, siendo procurador de una misión en la Martinica á mediados del pasado siglo, emprendió, por impericia, negocios seculares, en mayor grado de lo que convenía á un religioso... Pero los superiores, apenas conocieron el hecho, le privaron de la administración y expulsaron de la Orden.

En este y otros casos la Compañía ha creído siempre remedio eficaz el de cortar las ramas dañosas para conservar el árbol...

—Y qué hay de cierto—pregunté á D. Juan—en la acusación hecha á los Jesuitas, de haber enseñado doctrinas erróneas.

—De seguro, habrá V. oído hablar del *molinismo*, el *probabilismo*, etc., etc.—respondió mi amigo.—Diré á V., sin juzgar del valer de esas cuestiones, que ni todos los Jesuitas las han enseñado ni las han seguido siempre. Puntos son de doctrina no decidida por la Iglesia. Libertad de discusión hay en ellos. Y los Jesuitas, que gozan en sus opiniones de mu-

cha más libertad de lo que algunos creen, han podido lícitamente utilizar ese derecho de examen, común á todos los fieles. Muchos teólogos, que no son Jesuitas, siguen todavía esos sistemas. Conviene recordar, por si habla V. de esto, que no deben confundirse torpemente el sistema de *Molina*, con las proposiciones condenadas de *Molinistas*, como los confundió en Florencia un tal *Filopatride*. El cual, según dice festivamente el P. Franco; *dicta sententias sobre teología y cánones, como pudiera hacerlo un café sobre arquitectura ó astronomía...* Hay muchos *Filopatrides* en el mundo.

Además, cuestiones hubo en otro tiempo defendidas por algún Jesuita, y que después fueron de diverso modo resueltas por la iglesia. En la vasta ciencia de la moral ha habido ciertas proposiciones dudosas que los teólogos examinaban y resolvían de varias maneras. Lícitamente pudieron hacerlo mientras la Iglesia, en su sabiduría, no creyó oportuno definir las. En cuanto las definió, todos los teólogos católicos, fueran ó no de la Compañía, se sometieron al punto. Es evidente que tal conducta no merece reproche. En todo instituto ha sucedido ó puede suceder lo mismo. Algunos religiosos de cierta antigua y esclarecida orden impugnaron en otro tiempo la Inmaculada Concepción de María. Mas no por eso se puede inculpar esa meritisima orden puesto que entonces la Iglesia no había decidido la cuestión... Hoy todo católico cree y defiende sin duda alguna ese hermosísimo *dogma de fe*.

Algo hablé también con D. Juan, acerca de la fama de *intrigantes* que, entre *ciertas* personas, tienen los Jesuitas. Gobiernos hay que, como si la Compañía fuese un temible partido revolucionario..., más aún, como si estuviere fuera de todo derecho, la *tolera*; mejor dicho, la *soporta*...; pero no la deja (digámoslo en términos políticos) no la deja *entrar en la legalidad*.

Respondiome á esto D. Juan, que los tales gobiernos hacen lo que hacen con su cuenta y razón; mas no porque teman las famosas intrigas de la Compañía... Si en otros tiempos, cuando en varias naciones cayeron en poder de los gobiernos casas, archivos, iglesias, todo lo que posean los Jesuitas, no se pudo hallar ni rastro de las supuestas conspiraciones jesuíticas, ¿quién podrá hoy, si no es por completo ignorante ó estúpido, espantarse seriamente de las intrigas de la Compañía?... ¡A no ser que para terror de cándidos burgueses, sepa la policía transformar, como en cierta ocasión hizo la de Friburgo, los instrumentos de un magnífico gabinete de física, en... aparatos de tormento!

«¡En el confesonario sí que intrigan!», dicen algunos... que jamás se acercan á un confesonario... Efectivamente: allí los confesores Jesuitas quieren enterarse de muchas cosas...; quieren conocer los pensamientos, palabras y obras del penitente. Todo lo más recóndito, secreto y oculto lo averiguan allí. Pero si esto es *intrigar*, acusad de lo mismo á todo el clero,

regular y secular que hace precisamente lo mismo, y á la Iglesia católica, que enseña á proceder de ese modo; y, en fin, al Divino Maestro, que estableció, para dicha del hombre, el sacramento de la Penitencia.

## X

## El jesuitismo.

—Con lo que dije á V. cuando hablamos de los enemigos de la Compañía, habrá V. comprendido las causas verdaderas del aborrecimiento que algunos sienten hacia los Jesuitas. Ahora, que conoce V. mejor al glorioso Instituto de San Ignacio de Loyola, de seguro que, sin duda alguna, verá V. claros y patentes los motivos de ese odio sectario...

No se odia á los Jesuitas porque sean contrarios á las modernas *libertades*, ni porque muestren predilección por una ú otra forma de gobierno...; pues en esto, como en todo, la Compañía sólo se opone á lo que la Iglesia condena; y bajo cualquier forma de gobierno vive tranquila, admitiéndolas todas en cuanto la Iglesia las admite, y respetando toda autoridad puntualmente como lo practica la Iglesia. No es nada de eso, ni nada de lo que suelen decir los hipócritas enemigos de los Jesuitas... Sobre todo y principalmente odia á la Compañía quien aborrece á la Iglesia.

Al decir esto, ni por acaso quiero significar que la Iglesia y la Compañía sean una misma cosa, ni que nuestra Santa Madre no pudiera

Algo hablé también con D. Juan, acerca de la fama de *intrigantes* que, entre *ciertas* personas, tienen los Jesuitas. Gobiernos hay que, como si la Compañía fuese un temible partido revolucionario..., más aún, como si estuviere fuera de todo derecho, la *tolera*; mejor dicho, la *soporta*...; pero no la deja (digámoslo en términos políticos) no la deja *entrar en la legalidad*.

Respondiome á esto D. Juan, que los tales gobiernos hacen lo que hacen con su cuenta y razón; mas no porque teman las famosas intrigas de la Compañía... Si en otros tiempos, cuando en varias naciones cayeron en poder de los gobiernos casas, archivos, iglesias, todo lo que posean los Jesuitas, no se pudo hallar ni rastro de las supuestas conspiraciones jesuíticas, ¿quién podrá hoy, si no es por completo ignorante ó estúpido, espantarse seriamente de las intrigas de la Compañía?... ¡A no ser que para terror de cándidos burgueses, sepa la policía transformar, como en cierta ocasión hizo la de Friburgo, los instrumentos de un magnífico gabinete de física, en... aparatos de tormento!

«¡En el confesonario sí que intrigan!», dicen algunos... que jamás se acercan á un confesonario... Efectivamente: allí los confesores Jesuitas quieren enterarse de muchas cosas...; quieren conocer los pensamientos, palabras y obras del penitente. Todo lo más recóndito, secreto y oculto lo averiguan allí. Pero si esto es *intrigar*, acusad de lo mismo á todo el clero,

regular y secular que hace precisamente lo mismo, y á la Iglesia católica, que enseña á proceder de ese modo; y, en fin, al Divino Maestro, que estableció, para dicha del hombre, el sacramento de la Penitencia.

## X

## El jesuitismo.

—Con lo que dije á V. cuando hablamos de los enemigos de la Compañía, habrá V. comprendido las causas verdaderas del aborrecimiento que algunos sienten hacia los Jesuitas. Ahora, que conoce V. mejor al glorioso Instituto de San Ignacio de Loyola, de seguro que, sin duda alguna, verá V. claros y patentes los motivos de ese odio sectario...

No se odia á los Jesuitas porque sean contrarios á las modernas *libertades*, ni porque muestren predilección por una ú otra forma de gobierno...; pues en esto, como en todo, la Compañía sólo se opone á lo que la Iglesia condena; y bajo cualquier forma de gobierno vive tranquila, admitiéndolas todas en cuanto la Iglesia las admite, y respetando toda autoridad puntualmente como lo practica la Iglesia. No es nada de eso, ni nada de lo que suelen decir los hipócritas enemigos de los Jesuitas... Sobre todo y principalmente odia á la Compañía quien aborrece á la Iglesia.

Al decir esto, ni por acaso quiero significar que la Iglesia y la Compañía sean una misma cosa, ni que nuestra Santa Madre no pudiera

subsistir sin esa Orden. Harto sé que la Iglesia no *necesita* á los Dominicos, ni á los Franciscanos, ni á los Jesuitas, ni á los Capuchinos, ni á ninguna Orden, congregación ó instituto, para que la sostengan con su ministerio. Pero sí es necesario que la Iglesia pueda valerse de unos ó de otros, según la Providencia se los envíe, y como en su sabiduría lo crea conveniente. No serían necesarios los Jesuitas; pero si Dios nuestro Señor quiso, como dice la Iglesia, «*fortalecerla con un nuevo auxilio por medio de los hijos de San Ignacio*», preciso es que nadie por su propia autoridad prive á la Iglesia de ese auxilio.

Dije que odia á los Jesuitas quien aborrece á la Iglesia; porque como la Compañía ha profesado y profesa especialísima obediencia á la Iglesia, y en servicio de ésta trabaja con celo fervoroso y activo, los que á la Iglesia odian, no pueden menos de aborrecer á este Instituto; primeramente, porque les estorba y daña aquel «escuadrón y compañía de soldados que, como caballos ligeros, están siempre á punto para acudir á los arrebatos de los enemigos y á defender y ayudar á nuestros hermanos...»; y además, porque con el pretexto de combatir á la Compañía, se puede guerrear contra la Iglesia con más facilidad y disimulo.

Así, impugnando lo que ciertas gentes llaman *jesuitismo*, se puede impugnar todo lo más sagrado que existe en la Iglesia de Dios... Se declama á veces contra éste ó el otro pernicioso efecto del *jesuitismo*, y á poca costa po-

demo descubrir que lo que se está impugnando, no es cosa alguna especial de los Jesuitas, sino la verdadera piedad, la frecuencia de Sacramentos, la oración, la penitencia..., ó el celo ferviente que quiere promover el bien espiritual y evitar la pérdida de las almas, ó algún precepto de la moral; en suma, alguna institución de la Iglesia de Dios.

Por eso un gran escritor contemporáneo ha dicho: «El *jesuitismo* no son precisamente los Jesuitas: el jesuitismo es la moral católica, el culto católico, los dogmas católicos, la influencia católica, la legislación católica, los sacerdotes católicos, las sociedades católicas, la prensa católica, la literatura católica, el arte católico, en menos palabras, el *jesuitismo* es el Catolicismo... Pero como en labios de ciertas gentes algo mogigatas, ó no reñidas del todo con sus propios intereses, todavía suena mal decir claro y limpio «¡*Abajo el Catolicismo!*», se modifica algún tanto la forma, para que no se escandalicen los tontos, y se dice: «¡*Abajo el jesuitismo!*...» Porque, eso sí, la máscara es tan necia, que ya sólo los necios de capirote pueden no conocerla... ¡Pero como los tontos son muchísimos!... (1).»

Prueba fehaciente de esta verdad, la patentizan casi todos los libros que impugnan á la Compañía, y todos los gobiernos que la han perseguido. En aquellos, las prácticas jesuíticas censuradas no son otra cosa que las prác-

(1) SARDÁ Y SALVANY: *Propaganda católica*.

ticas de la Iglesia. Gioberti no hizo más que impugnar toda la Religión católica, bajo el nombre de *Jesuitismo*. Pombal, persiguió en Portugal á la Compañía, con horrenda crueldad... y convirtió punto menos que en cismático aquel reino antes tan piadoso. Lo mismo entonces en aquel Estado, que luego en España, todos los gobiernos que cortaron sus relaciones con la Santa Sede comenzaron siempre persiguiendo á los Jesuitas. Y al dejar de combatir á Roma, se amortiguaron ó concluyeron las persecuciones contra la Compañía. En Francia, en Italia, en América, la guerra á los Jesuitas fué siempre el prólogo de una larga serie de ofensas y daños á la Iglesia. Señal infalible y constante de las tendencias de un gobierno con respecto á la Iglesia, ha sido en todas partes, la persecución de la Compañía ó la paz que se le concede.

Por el contrario, los escritores y hombres de Estado, amigos de la Iglesia, defensores de ella con sus actos ó escritos, se han mostrado siempre muy adictos á la Compañía. Admiradores tuvo también que luego se trocaron en enemigos suyos...; pero, á la vez, cambiaron de conducta para con la Iglesia... Lamennais, cuando fué apologista de la religión, elogiaba mucho á la Compañía... Después, enemigo declarado de la Iglesia, escribió también contra los Jesuitas.

Por estas y otras razones, un famoso orador, el conde de Montalembert, decía en la Cámara de los Pares, de Francia, en Mayo de 1844:

«Lo que me aficiona á los Jesuitas es el odio violento que inspiran á todos los enemigos de la Iglesia. No quiero afirmar que los adversarios de los Jesuitas sean todos enemigos de la Iglesia; pero no vacilo en decir que los enemigos de la Iglesia son siempre y ante todo enemigos de los Jesuitas. Sobre ellos descargan siempre los primeros golpes, y esto es lo que los recomienda al aprecio y confianza de los católicos, como una vanguardia y cuerpo de preferencia de la Iglesia... Cuando he visto en el mundo y en la historia que en todos los países, desde el Paraguay hasta la Siberia, todos los perseguidores de la Iglesia, desde Pombal hasta el Emperador de Rusia; todos los grados del error, desde el ateísmo hasta el jansenismo, estaban de acuerdo contra los Jesuitas, conspiraban juntos á su ruina y proscripción, me he dicho á mí mismo: preciso es que haya en estos hombres algo sagrado y misterioso que explique y motive esta maravillosa unión de enemistades tan diversas; necesario es que haya en ese instinto del odio, siempre tan perspicaz, algo que indique que por ahí se llega al corazón mismo de la Iglesia... Por esto me he hecho partidario y admirador de los Jesuitas, después de haber sido su adversario...»

Y puesto que lo que le duele á la Revolución impía es lo que llama *Jesuitismo*, afirmemos con Sardá y Salvany, que todos los católicos hemos de ser *Jesuitas* hasta donde pueda cada cual: «Sea nuestro modelo en todo la invicta

Compañía, en su completa obediencia y sumisión al Vicario de Cristo, en su organización compacta, en la ortodoxia de su doctrina, en la austeridad de sus costumbres, en el alejamiento de todo espíritu mundanal, en el cultivo de la inteligencia, para mejor servir á la verdad....»

Y así podremos, en la medida de nuestras fuerzas, apropiarnos y hacer nuestro el esclarecido lema que ostenta en su bandera la Compañía, procurando que nuestro entendimiento y nuestra voluntad, todo nuestro ser, nuestros pensamientos, palabras y obras, vayan siempre encaminadas A MAYOR GLORIA DE DIOS.

A. M. D. G.

## ÍNDICE

	Págs.
I.—La iniquidad se desmiente á sí misma	3
II.—Testigos de cargo.....	6
III.—La Compañía de amor.....	12
IV.—Testigos de defensa.....	18
V.—De cómo fué suprimida la Compañía de Jesús.....	30
VI.—Un colegio de Jesuitas.....	36
VII.—Las riquezas de los Jesuitas.....	43
VIII.—Héroes y sabios.....	47
IX.—Intrigas y errores.....	55
X.—El jesuitismo.....	59

## SEGUNDA SERIE

Tomos de 500 á 600 páginas, bonitamente encuadrados, á **1,50** pesetas cada uno. Por cada docena se regalan **dos** ejemplares, de modo que resultan á **cinco reales** tomo.

### VAN PUBLICADOS

TOMO PRIMERO.—*Diferencia entre lo temporal y eterno*, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús.

TOMO SEGUNDO.—*Gula de pecadores*, por el Venerable Padre Fr. Luis de Granada.

TOMO TERCERO.—*De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús*, por el R. P. J. Arnoldo de la C. de J.—Nueva y excelente traducción por un socio del APOSTOLADO DE LA PRENSA.

TOMO CUARTO.—*Vida de San Luis Gonzaga*, por el Reverendo P. Federico Cervós, S. J. Segunda edición corregida y aumentada, dedicada principalmente á los jóvenes escolares y congregantes de la Santísima Virgen y de San Luis.

TOMO QUINTO.—*Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, escrita por ella misma. Lleva como apéndice *El Camino de perfección*, por la misma Santa. Edición ajustada á las más correctas publicadas hasta hoy.

TOMO SEXTO.—*Práctica del Catecismo Romano y de la Doctrina cristiana*, sacada principalmente de los Catecismos de San Pío V y Clemente VIII, compuestos conforme al decreto del Santo Concilio Tridentino, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús.

Los pedidos acompañados de su importe, más los gastos de franqueo, al Administrador, D. Francisco Buendía, Plaza de Santo Domingo, 14.



Compañía, en su completa obediencia y sumisión al Vicario de Cristo, en su organización compacta, en la ortodoxia de su doctrina, en la austeridad de sus costumbres, en el alejamiento de todo espíritu mundanal, en el cultivo de la inteligencia, para mejor servir á la verdad....»

Y así podremos, en la medida de nuestras fuerzas, apropiarnos y hacer nuestro el esclarecido lema que ostenta en su bandera la Compañía, procurando que nuestro entendimiento y nuestra voluntad, todo nuestro ser, nuestros pensamientos, palabras y obras, vayan siempre encaminadas A MAYOR GLORIA DE DIOS.

A. M. D. G.

## ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
I.—La iniquidad se desmiente á sí misma	3
II.—Testigos de cargo.....	6
III.—La Compañía de amor.....	12
IV.—Testigos de defensa.....	18
V.—De cómo fué suprimida la Compañía de Jesús.....	30
VI.—Un colegio de Jesuitas.....	36
VII.—Las riquezas de los Jesuitas.....	43
VIII.—Héroes y sabios.....	47
IX.—Intrigas y errores.....	55
X.—El jesuitismo.....	59

## SEGUNDA SERIE

Tomos de 500 á 600 páginas, bonitamente encuadernados, á **1,50** pesetas cada uno. Por cada docena se regalan **dos** ejemplares, de modo que resultan á **cinco reales** tomo.

### VAN PUBLICADOS

TOMO PRIMERO.—*Diferencia entre lo temporal y eterno*, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús.

TOMO SEGUNDO.—*Gula de pecadores*, por el Venerable Padre Fr. Luis de Granada.

TOMO TERCERO.—*De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús*, por el R. P. J. Arnoldo de la C. de J.—Nueva y excelente traducción por un socio del APOSTOLADO DE LA PRENSA.

TOMO CUARTO.—*Vida de San Luis Gonzaga*, por el Reverendo P. Federico Cervós, S. J. Segunda edición corregida y aumentada, dedicada principalmente á los jóvenes escolares y congregantes de la Santísima Virgen y de San Luis.

TOMO QUINTO.—*Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, escrita por ella misma. Lleva como apéndice *El Camino de perfección*, por la misma Santa. Edición ajustada á las más correctas publicadas hasta hoy.

TOMO SEXTO.—*Práctica del Catecismo Romano y de la Doctrina cristiana*, sacada principalmente de los Catecismos de San Pío V y Clemente VIII, compuestos conforme al decreto del Santo Concilio Tridentino, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús.

Los pedidos acompañados de su importe, más los gastos de franqueo, al Administrador, D. Francisco Buendía, Plaza de Santo Domingo, 14.

Compañía, en su completa obediencia y sumisión al Vicario de Cristo, en su organización compacta, en la ortodoxia de su doctrina, en la austeridad de sus costumbres, en el alejamiento de todo espíritu mundanal, en el cultivo de la inteligencia, para mejor servir á la verdad....»

Y así podremos, en la medida de nuestras fuerzas, apropiarnos y hacer nuestro el esclarecido lema que ostenta en su bandera la Compañía, procurando que nuestro entendimiento y nuestra voluntad, todo nuestro ser, nuestros pensamientos, palabras y obras, vayan siempre encaminadas A MAYOR GLORIA DE DIOS.

A. M. D. G.

## ÍNDICE

	Págs.
I.—La iniquidad se desmiente á sí misma	3
II.—Testigos de cargo.....	6
III.—La Compañía de amor.....	12
IV.—Testigos de defensa.....	18
V.—De cómo fué suprimida la Compañía de Jesús.....	30
VI.—Un colegio de Jesuitas.....	36
VII.—Las riquezas de los Jesuitas.....	43
VIII.—Héroes y sabios.....	47
IX.—Intrigas y errores.....	55
X.—El jesuitismo.....	59

## SEGUNDA SERIE

Tomos de 500 á 600 páginas, bonitamente encuadrados, á **1,50** pesetas cada uno. Por cada docena se regalan **dos** ejemplares, de modo que resultan á **cinco reales** tomo.

### VAN PUBLICADOS

TOMO PRIMERO.—*Diferencia entre lo temporal y eterno*, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús.

TOMO SEGUNDO.—*Gula de pecadores*, por el Venerable Padre Fr. Luis de Granada.

TOMO TERCERO.—*De la imitación del Sagrado Corazón de Jesús*, por el R. P. J. Arnoldo de la C. de J.—Nueva y excelente traducción por un socio del APOSTOLADO DE LA PRENSA.

TOMO CUARTO.—*Vida de San Luis Gonzaga*, por el Reverendo P. Federico Cervós, S. J. Segunda edición corregida y aumentada, dedicada principalmente á los jóvenes escolares y congregantes de la Santísima Virgen y de San Luis.

TOMO QUINTO.—*Vida de la Santa Madre Teresa de Jesús*, escrita por ella misma. Lleva como apéndice *El Camino de perfección*, por la misma Santa. Edición ajustada á las más correctas publicadas hasta hoy.

TOMO SEXTO.—*Práctica del Catecismo Romano y de la Doctrina cristiana*, sacada principalmente de los Catecismos de San Pío V y Clemente VIII, compuestos conforme al decreto del Santo Concilio Tridentino, por el V. P. Juan Eusebio Nieremberg, de la Compañía de Jesús.

Los pedidos acompañados de su importe, más los gastos de franqueo, al Administrador, D. Francisco Buendía, Plaza de Santo Domingo, 14.

## COMUNIÓN Y SANTA MISA

6

# MANUAL DEL CRISTIANO

Instrucciones y devociones para la útil recepción de los Santos Sacramentos de Penitencia y Eucaristía: explicación de los misterios de la Santa Misa y ejercicios para oirla devotamente.

Precioso librito de 140 páginas bonitamente encuadernado y en forma prolongada.

### PRECIOS

1.000 ejemplares .....	120 pesetas.
500 — .....	65 —
100 — .....	14 —
1 — .....	00,15 céntimos.

y gastos de envío.

## LA LECTURA DOMINICAL

ÓRGANO DEL APOSTOLADO DE LA PRENSA

SE PUBLICA TODOS LOS DOMINGOS

### PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

Un año .....	5 ptas.
Por correspondencia .....	5,50 »
Un semestre .....	3 »
Número suelto .....	10 cents.

No se admiten suscripciones por menos de un semestre y previo pago adelantado.

La correspondencia al Administrador, D. Francisco Buendía, plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.



